

El Hombre PERFECTO

ROMANCE JUVENIL PROHIBIDO



MARTA ESCUDERO



EL HOMBRE PERFECTO

Romance Juvenil Prohibido



Por **Marta Escudero**

© Marta Escudero 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

Dedicado a;

Marta, por cuidar de mi hermano.

Mario, por inspirarme a ser más.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

— ¡Dios, Susan! ¡Creo que ya es hora! —exclamó la joven mujer, mientras se tomaba con fuerzas el prominente abdomen como si con ese gesto su dolor fuese a remitir.

— ¡No puede ser, Mary! El doctor te ha dicho que aún faltaban más de dos semanas para la fecha de parto —replicó la belleza de unos treinta y cinco años y enormes ojos verdes que caminaba nerviosa alrededor de ella.

— ¡Eso díselo al bebé, porque me parece que piensa otra cosa! ¡Dios! —gruñó con los dientes apretados—. Los dolores son cada vez más fuertes. Ya no los aguanto.

—Vamos, respira, Mary. Inhalo, exhalo. —Ella misma inhalaba y exhalaba en profundidad. Ya se había acercado a su amiga y la tomaba de los hombros para darle su apoyo—. ¿Crees que podrías llegar caminando hasta la casa?

— ¡No! —dijo jadeando, mientras se acercaba a un viejo roble para sostenerse de él—. No puedo dar un paso más. ¡Creo que mi bebé nacerá aquí! —Las palabras le salían a mitad de camino entre la broma y el llanto.

—Tranquila. Ven, te ayudaré a sentarte. —Susan ayudó a la dolorida embarazada a sentarse sobre una manta en el suelo, luego se dirigió a su hijo de cinco años, quien observaba la escena algo preocupado y con los ojos, del mismo color verde que los de su madre, agrandados por la expectación—. Carlos, por favor, necesito que corras muy rápido hasta la casa y les digas a tu padre y a Vincent, que Mary no se siente bien, ¿de acuerdo?

— ¿Qué pasa, mami? —preguntó con su vocecita compungida.

—No te asustes, cielo —Susan le removió al niño los negros cabellos que le caían sobre la frente—, pero parece que el bebé de Mary ya va a nacer.

Carlos cambió el objetivo de su mirada entre el vientre redondo de Mary y su pequeño hermano de dos meses. Un precioso chiquillo de cabellos dorados que dormía, sobre una manta celeste, ajeno a lo que sucedía a su alrededor; entonces, Carlos, no pudo dejar de hablar:

— ¿Será tan pequeño cómo Jared? ¿Puedo verlo cuando nazca? —Carlos brincaba de un pie a otro sin parar de hacer preguntas—. ¿Podré jugar con él?

— ¡Maldición! —Gritó Mary, ya doblada en dos por el dolor—. Te

prometo que podrás verlo y jugar con él. ¡Pero por favor, corre ahora, Carlos!

— ¡Ah sí!, ya voy —dijo el niño y entonces salió corriendo hacia la casa, tan veloz como correría cualquier niño de tan sólo diez años, mientras las mujeres practicaban las técnicas de respiración y relajación aprendidas en los cursos de pre-parto.

— ¡Papá! ¡Señor Vincent! —Gritaba Carlos al ingresar a la casa—. ¡El bebé va a nacer! ¡Papá, ven rápido!

Al oír tanto barullo, los dos hombres, que en ese momento conversaban en el estudio, salieron alarmados al encuentro del niño.

— ¿Qué sucede, Carlos? —preguntó su padre.

El jovencito, agitado por la carrera, respondió algo entrecortado y de manera atolondrada:

—El-be-bé-Ma-ry... —Carlos respiró profundamente para poder proseguir, porque los dos hombres no le entendían. Poco después exclamó con claridad —: ¡Va a nacer el bebé!

—¡Santo cielo! —espetó el futuro padre, conmocionado.

Vincent Gareth era un hombre de cabello castaño rizado y de estatura media, que ahora parecía haberse quedado inmóvil a causa de la sorpresa—. Mi hijo... ¡Señor! ¡Va a nacer mi hijo! ¿Pero acaso no faltaban como dos semanas?

—¡Vamos, Vincent, estas cosas suelen suceder! Creo... —dijo el padre de Carlos, alzándose de hombros. Echó un vistazo a su amigo, quien no se movía del lugar, entonces lo agarró de la manga de la camisa y lo arrastró fuera de la casa—. ¡No perdamos ni un minuto más, Vincent, o tu hijo nacerá allí afuera! Llévanos con ellas, Carlos.

—Están en el bosque. Allá —el niño señaló en la dirección correcta con sus deditos regordetes—, donde está el árbol grandote.

—¡Bien, muy bien, pequeño! —Vincent lo palmeó y ahora recuperado de la conmoción, salió con John, a la carrera, al encuentro de las mujeres.

Mary estaba cada vez más dolorida y sus contracciones eran demasiado frecuentes. No podía caminar y los dos hombres debieron cargarla hasta la casa.

Cuando ella estuvo ubicada en su habitación, llamaron a la partera porque no había tiempo de llevar a la parturienta hasta un hospital, de lo contrario, el bebé realmente nacería en el camino.

Julia vivía a sólo un par de calles de allí y no demoró más que unos pocos minutos en llegar. Ni bien cruzó el umbral, comenzó a dar órdenes pidiendo los elementos necesarios para atender a Mary; Agua hervida, trapos limpios y alguna que otra cosa más.

Susan buscó lo que Julia pedía y después permaneció junto a su amiga durante todo el parto. En ese momento crucial, cuando Mary pujaba con todas sus fuerzas, aferrada a las sábanas y a una de sus manos, ella le enjuagaba la frente con un trapo húmedo.

Pasaron no más de treinta minutos y Mary por fin dio a luz.

La partera recibió al bebé y cortó el cordón umbilical, después lo envolvió en una sábana limpia y se apartó para limpiarlo.

—Ya está, Mary. Lo has hecho bien, amiga —le dijo Susan, besándola en la frente y ayudándola a recostarse sobre las almohadas.

—¿Mi bebé está bien? ¿Susan? ¿Julia?

—¡Mary, claro que tu bebé está bien! ¡Es una niña preciosa! —dijo la partera, mientras terminaba de limpiar y examinar a la pequeña, que en ese momento berreaba ante el contacto con el aire fresco.

—¡Quiero verla, Julia, por favor tráemela! —La madre primeriza se incorporó en la cama y extendió los brazos hacia el bultito que Julia le acercaba. Tomó al bebé entre sus brazos y embargada de emoción la atrajo a su pecho—. ¡Mi muñequita! —exclamó sonriente.

—¿Julia, quieres avisarles a los demás? —pidió Susan.

—¡Oh sí! Por favor, avísale a mi esposo, querida —agregó la señora Gareth sin quitar la mirada del rostro arrugadito de su mayor tesoro—, porque Vincent debe estar que camina por las paredes de los nervios —añadió con una sonrisa dibujada en los labios y los ojitos brillantes de emoción.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Susan, riendo con ella—. ¡Los hombres en estos casos se ponen casi imposibles! —dijo, con conocimiento, después

de haber pasado por dos situaciones de parto.

—Les avisaré a sus esposos —declaró Julia, haciéndose cómplice de la conversación de las amigas—. Nos vemos luego, chicas —diciendo esto, la partera salió del cuarto.

En cuanto Julia puso un pie fuera de la habitación, Vincent, —quien había estado recorriendo, ansioso, el corredor de un extremo al otro—, la asaltó con un aluvión de preguntas.

—¿Cómo está Mary? ¿Ha nacido mi hijo? ¿Ellos están bien?—¿Cálmese, señor Gareth, usted es padre de una niña muy saludable! —intentó tranquilizarlo ella.

—Una niña... —susurró—. ¿Y Mary? ¿Ella está bien? ¿Puedo pasar a verlas? —preguntó frenético el flamante padre, sin poder detener la marcha.

—¡Por Dios, Julia, déjalo entrar o hará un surco en el corredor! —exclamó John Aguilar en tono divertido y palmeándole la espalda a su amigo, mientras que una sonrisa franca se le había instalado en el rostro y le llegaba hasta los expresivos ojos azules.

—¡Sí, claro! Su esposa lo está esperando y quédese tranquilo, porque tanto ella como la niña, se encuentran en perfectas condiciones. De todos modos, le recomiendo que las vea algún doctor a ambas para corroborar que realmente estén bien.

—¡Por supuesto! Ya he llamado al doctor Thomas, el médico de la familia, y él está en camino —dijo el reciente padre, mientras abonaba los honorarios a la comadrona. Instantes después, sin decir más, entró a la habitación, dónde su mujer, pálida por el esfuerzo, alimentaba a un bultito rosado de cabellos castaños.

Él se acercó contemplando la escena.

—Mary, mi amor, ¿te encuentras bien? —preguntó con un nudo que le había comprimido la garganta al ver al diminuto milagro.

—Sí, Vincent, sólo estoy un poco débil, pero ya me repondré. Ven mi cielo, acércate a conocer a tu hija.

—¡Nuestra pequeña Margareth! —Susurró él con devoción—. Es hermosa cómo tú, mi amor —declaró y le dio un suave beso en los labios a su esposa y

uno en la frente a su bebita.

—Ella tiene tú mismo cabello de color castaño y rizado —dijo Mary, enredando un fino rizo en su dedo.

—Pero su carita es igual a la tuya... Gracias por este regalo, Mary, yo... — Vincent tuvo que interrumpir sus palabras porque en el pasillo se había desatado un tremendo alboroto.

—¡Carlos! ¡Ven aquí, aún no puedes entrar! —esa era la voz de Susan, quien hacía un momento había salido al corredor para alimentar a su bebé de dos meses, quien la había reclamado con un llanto estridente; aunque ahora, Susan intentaba, por todos los medios, detener a su hijo mayor.

—¡Mamá, quiero ver a la bebé! —Exclamó Carlos, encaprichado, mientras se acercaba a la puerta—. ¡Mary me lo prometió! Me dijo que podría verla.

Vincent y Mary no pudieron más que estallar en carcajadas.

—Hazlo entrar —susurró Mary a su esposo—. Déjalos entrar a todos, mi amor.

—¿No te sientes muy cansada?

—No, cielo —respondió ella con dulzura.

—Bien —Vincent abrió la puerta y lo primero que vio, fue al muchachito enfurruñado apostado junto al umbral.

—¿Puedo ver a la bebé? —averiguó el niño, levantando los ojos suplicantes hacia su vecino.

—Sí, pasa Carlos—consintió Vincent—. ¡Si tú has venido como un rayo a buscarme! —Exclamó agradecido, removiéndole los negros cabellos—. Te lo has ganado, muchacho. ¡De no ser por ti, mi niña hubiese nacido en el bosque! Es más, pasen todos, por favor —invitó Vincent, con una enorme sonrisa.

Nadie demoró mucho en aceptar la invitación. Una vez dentro del cuarto, él hizo la presentación formal.

—¡Les presento a la pequeña Margareth Gareth! —exclamó, señalando con orgullo a su pequeña hija.

Carlos se acercó y miró a la niña de ricitos castaños que dormía junto a su madre.

—¡Es hermosa! —dijo pensativo—. Pero... es muy chiquitita... ¡Más chiquita que Jared! —exclamó casi indignado—. ¡Tampoco podré jugar con ella! —los ojos se le habían empezado a poner vidriosos.

—¡Es verdad, Carlos! Los bebés ahora necesitan que los cuiden, pero no te preocupes, ya crecerán. ¡Verás que pronto podrán jugar los tres! —lo consoló Mary y le extendió la mano al muchachito de cabellos negros y profundos ojos verdes.

—¡Ahora sólo lloran y duermen! —Él estaba indignado y a punto de tener uno de sus acostumbrados berrinches.

—¡Hacen más que eso, hijo! —Le dijo su madre, quien acunaba a Jared junto a su pecho—. Verás que con cada día que pase, los pequeños irán haciendo cosas nuevas. ¿Acaso tu hermanito no sonrío ahora, cuando tú le cantas?

—¡Sí! ¡Y me toma los dedos si se los acerco! —dijo, recordando, y su carita se había iluminado de entusiasmo.

—¡Por supuesto, hijo! Él te reconoce, cielo. Y esa, por lo pronto, es su manera de jugar contigo.

—¿Mami... y Margareth también me reconocerá? ¿También va a querer jugar conmigo? —preguntó, apoyándose en el borde de la cama y acercando su carita a la carita tibia de ella.

Un dulce perfume, mezcla de leche materna y de recién nacido, llenó las fosas nasales del pequeño, haciéndolo sonreír. Ese era el mismo olor que él sentía cuando se acercaba a su hermanito.

—¡Sin duda! ¡Estoy segura que los tres serán muy buenos amigos! —exclamó Susan, intuyendo el futuro que les depararía a los tres niños.

—¿Carlos, quieres sostenerla? —le preguntó Mary.

El niño asintió con ojos brillantes.

—Ven, siéntate aquí en la cama y yo te ayudaré. —Ella palmeó el borde del colchón y sin pausa, Carlos trepó a la cama.

Mary sostuvo a Margareth sobre el regazo del niño. Él sostenía a la

pequeña con infinito amor y la miraba con mucha dulzura.

—¿Puedo hablarle? —preguntó, levantando sus enormes ojos en una súplica.

—¡Desde luego, hazlo! —Lo alentó la madre de la niña—, de esa manera, ella irá conociendo tu voz.

Carlos acarició con su manito regordeta la mejilla sonrosada de la pequeñita y le habló:

—¡Hola Margareth! Eres una bebita muy linda... Yo soy Carlos y quiero ser tu amigo.

Margareth se removió en sus brazos y bostezó. Carlos la miró sonriente y le recorrió otra vez la mejilla con las puntas de sus deditos.

—Estaría bueno que crecieras rápido, así podríamos jugar —agregó y sus palabras salían rebosantes de entusiasmo—. Tengo autitos y soldaditos. A mí me gustan mucho, creo que a ti también te van a gustar... ¿O preferirás las muñecas como todas las niñas? ¡Uy, yo de esas no tengo, pero le diré a mamá que te compre alguna! —Se acercó un poco más a la orejita de ella y le susurró—: Y como tú no tienes un hermano mayor que te cuide... ¡Porque mi papá me dijo que ese es el deber de los que somos hermanos mayores! ¿Sabes? —Añadió con seriedad—. Pero no tienes que preocuparte, porque yo te prometo que te protegeré y también te prometo que siempre voy a quererte —levantó los ojos hacia su madre que sostenía a su hermano y agregó solemne—: ¡A ti y a mi hermanito Jared!

* * * *

Mi nombre es Margareth Gareth. Nací y crecí en un pueblo tranquilo de Venezuela llamado San Antonio de los Altos. Un pueblo de gente trabajadora y agradable. Por supuesto que siempre había alguna excepción que no cabía en la definición de agradable, pero bueno, eso no viene al caso ahora, así que lo dejaremos para otro momento.

En mi urbanización, las calles eran de gravilla y tenían árboles a ambos lados de las aceras, tan frondosos en algunos casos, que formaban arcos sobre

nuestras cabezas. Las pintorescas casitas, separadas unas de otras por bosquecitos de pino, fresno blanco y abetos, en general eran de madera, y la nuestra, igual que la de los Aguilar, era de las pocas que en esa calle tenía dos pisos.

Me gustaba observar la calle desde la ventana de mi habitación en la planta alta, ver la gente pasar y conjeturar qué cosas harían ellos o dónde se dirigían. Y con esas deducciones creaba historias imaginarias en mi cabeza, aunque nunca me decidí por escribirlas. ¡Quizás debería haberlo hecho!, pero creo que no heredé el talento de mi padre, quien es un magnífico escritor.

A mí, en cambio, desde pequeña me gustó pintar y a veces lo que veía lo reproducía en algún dibujo o bosquejo en carbonilla. Esa era mi forma de plasmar aquellas historias, así como momentos reales de mi vida; momentos que compartía con mis padres o con mis amigos.

Cuando estaba en mi cuarto, adoraba sentir el viento que traía el perfume de las flores del jardín. De los jazmines, de los nardos, mi flor favorita, de la tierra húmeda y de la enredadera que llegaba hasta mi ventana. Un olor celestial que inundaba mi habitación. ¡Cuando era niña, para mí, eso, era el paraíso! ¡Eso y ver a Carlos Aguilar!

Los Aguilar vivían en una hermosa casa al otro lado de la calle. Cuando mis padres llegaron al pueblo, no tardaron en entablar una fuerte amistad con ellos.

Susan y John acababan de tener a su primer hijo, Carlos.

Los dos matrimonios empezaron a reunirse, todos los viernes a cenar en casa de los Aguilar, y los domingos, almorzaban en la casa de mis padres; tradición que aún hoy se mantiene entre las familias. También se veían durante la semana.

John Aguilar y Vincent, mi padre, practicaban algunos deportes juntos, mientras que Susan y Mary, mi madre, salían de compras o simplemente se reunían a tomar el té.

Al cabo de diez años, las dos mujeres estaban embarazadas. Mi madre era primeriza, en cambio, la señora Aguilar, ya tenía una experiencia anterior en su haber.

Susan tuvo a Jared, su segundo hijo, el veintisiete de abril, y menos de dos

meses después, nació yo. ¡Desde ese día nos hicimos inseparables!

Las reuniones de los dos matrimonios continuaron, aunque ahora con tres niños correteando por todos lados, puesto que siempre nos juntábamos a jugar y éramos bastante revoltosos.

Carlos, quien por iniciativa propia se había convertido en nuestro custodio desde el día de nuestro nacimiento, se desvivía por cuidarnos. No dejaba que nos acercáramos a sitios peligrosos como cocinas o escaleras y además, trataba de entretenernos constantemente.

Pero Jared y yo éramos dos pequesitos diablillos imposibles de detener y entre nuestras travesuras preferidas, estaba la de treparnos a los árboles como un par de monos y desde las alturas practicar saltos a tierra. ¡Debo confesar que si no nos quebramos un hueso en esas ocasiones, sólo fue de puro milagro!

Mi padre nos había dado clases de natación casi desde antes de que aprendiéramos a caminar. ¡Ese era otro de nuestros pasatiempos favoritos! Y cada tarde de verano íbamos a nadar los tres; Carlos, Jared y yo, a un bello lago cercano. El tranquilo espejo de agua veía su paz alborotada con nuestra revoltosa llegada. ¡Éramos un torbellino imparable, jugando carreras y lanzándonos desde la orilla dando volteretas!

Debo mencionar también las aventuras en bicicleta, las cuales dejaron varios raspones en nuestros pequeños e inquietos cuerpecitos, y eso ocurrió en más de una ocasión. ¡Ni hablar del estado en el que quedaron los pobres vehículos! ¡Inservibles! Y reconozco que tal vez la palabra inservible sea demasiado suave para describir a una bicicleta convertida en un ocho, ¿verdad?

Cuando comenzamos a asistir a la escuela, viajábamos los tres en el mismo autobús, y tanto de ida como de vuelta, Carlos nos sentaba a Jared y a mí en un asiento delante de él. Eso lo hacía para no perdernos de vista, cosa que solíamos hacer con bastante frecuencia, además de meternos en algún lío. Aunque para esto último corríamos con ventaja, porque sabíamos de sobra, que cada vez que teníamos algún problema podíamos acudir a él. Carlos nunca nos defraudaba y encontraba, en la mayoría de los casos, una solución.

Carlos Aguilar, constantemente se comportó como un niño mucho mayor a la edad que tenía en realidad. Tal vez el sentir las responsabilidades de

cuidar a un hermanito y a una amiga, diez años menores que él, lo hicieron crecer de sopetón. Por su cuenta había asumido esa carga y nunca la abandonaba. Para nosotros era nuestro héroe y el ejemplo a imitar, sin embargo, yo sentía algo más...

Desde que puedo recordar, Carlos, en mí, despertaba un sentimiento especial; algo que a mi corta edad no sabía cómo explicar...

En el aula, desde nuestro primer día de clases, en el jardín de niños, hasta el último día de nuestra escuela secundaria, Jared y yo nos sentamos uno al lado del otro. Algunos de nuestros compañeros, a medida que crecíamos, nos molestaban con tonterías por estar juntos todo el día; pero a decir verdad, a nosotros esas burlas no nos importaban. Nos llevábamos muy bien y nos sentíamos cómodos. ¡Sin lugar a dudas, puedo decir que Jared Aguilar era mi mejor amigo y yo lo adoraba!

Trato de recordar aquel tiempo y no encuentro un solo día que no haya compartido con Jared.

Al regresar de la escuela, merendábamos algunos días en su casa, otros en la mía; más tarde hacíamos los deberes y estudiábamos un poco y al terminar con nuestras obligaciones, salíamos a jugar al bosquecito o a pasear en bicicleta.

¿Un día sin la compañía de mi mejor amigo? ¡No... y definitivamente no!

Algo así era impensable.

Cuando decidimos ampliar nuestro grupo de amigos, comenzamos a vernos con Diana y Sophie Pimentel, unas gemelas que vivían cerca de nuestro barrio; también con Jeremy Gómez y Alex Ávila. Todos ellos eran compañeros nuestros de clase.

Formábamos un excelente equipo y nos divertíamos muchísimo. Aun así, Jared y yo, éramos un dúo inseparable y cada vez que en la escuela nos daban algún proyecto o trabajo en equipo, ante todo, la prioridad para nosotros, era hacerlo juntos.

Al pasar el tiempo, Carlos, nos seguía cuidando muchísimo, pero ya no estaba tan interesado en compartir demasiados momentos con nosotros. Él tenía su propio grupo de amigos, todos muchachos y muchachas de su edad. ¡Y un par de mocosos, diez años menores que él, realmente no le resultaba un

pasatiempo interesante!

El problema era que Jared y yo no pensábamos lo mismo y lo seguíamos a todas partes como si fuésemos su propia sombra.

¡Si hay algo que debemos reconocerle a Carlos Aguilar, es su eterna paciencia! Puesto que haciendo acopio de toda ella, cada vez que nos descubriría espiándolo, sencillamente trataba de escabullirse de nosotros y más de una vez tuvo que soportar las bromas de sus amigos debido a esas situaciones. A pesar de ello, él nunca dejó de ser dulce con Jared y conmigo y hasta nos excusó y defendió cada vez que hizo falta.

Cuando el mayor de los Aguilar ingresó en la universidad, ya ni siquiera podíamos verlo tan seguido. Él viajaba en otro autobús y pasaba todo el día en sus clases. Partíamos juntos en la mañana y mientras Jared y yo regresábamos al mediodía, Carlos no llegaba hasta después de las cinco de la tarde. Su escuela era de doble jornada y para poder verlo un ratito, yo empecé a esperarlo en la entrada de mi casa. Recuerdo que yo tendría algo así como diez años.

Todos los días me sentaba en el pórtico y aguardaba, expectante, mirando hacia el final de la calle y esperando que doblara el autobús de color amarillo. Cuando por fin Carlos bajaba del transporte, entonces yo corría a su encuentro, gritando su nombre.

—¡Carlos! —lo llamaba. Cruzaba corriendo la calle y lo abrazaba—. ¡Hola! ¿Cómo te fue hoy? —le preguntaba y él me devolvía el abrazo, levantándose unos centímetros del suelo y haciéndome girar. Me besaba dulcemente en la mejilla y después me respondía con dulzura.

—¡Muy bien! Y tú, mi pequeña Margareth. ¿Qué cosas hiciste hoy?

Era entonces cuando yo le relataba rápidamente todo lo que había sucedido en mi día, y en cada uno de aquellos relatos, era imposible que no mencionara a Jared. Porque cada cosa que yo había hecho, en casi un noventa por ciento, era seguro que lo había compartido con él.

Después nos despedíamos y Carlos entraba en su casa. Yo subía a mi cuarto, saltando los escalones de dos en dos para darme prisa, y me quedaba mirando por la ventana y soñando despierta con sus hermosos ojos verdes; del verde más luminoso que había visto en mi vida. Mi corazón de niña sentía que, para mí, eran los cinco minutos más maravillosos del día...

La mayoría de las veces, mis sueños con Carlos se veían interrumpidos por un chirrido de metal, crujidos de hojas y de ramas rotas y más de una vez, por el golpe seco de un cuerpo al caer al suelo. ¡Claro que todo eso matizado por alguna maldición o palabrota! ¡Y desde luego que era Jared, tratando de trepar por el balcón y la enredadera de mi ventana!

Casi siempre, Jared lograba llegar hasta mi cuarto, nunca sin aparecer con una colección de magulladuras y rasguños, entonces yo me transformaba en su princesa y él en mi caballero de brillante armadura que venía a rescatarme de los dragones y brujas que me tenían prisionera.

Mi bello príncipe de cabello dorado y ojos azules blandía una espada con valentía frente a sus oponentes... Obviamente que el arma era una bonita reproducción de plástico made in China y los dragones, pequeños muñequitos no más grandes que un puño, entre los que siempre se colaba alguno de mis caballitos de la colección de mi pequeño pony.

Y mí tarde continuaba así, en un mundo mágico creado por nosotros. Un universo propio de juegos y travesuras a su lado...

* * * *

2007.

Un caluroso día de verano, cuando tenía quince años, nuestros amigos; Sophie, Diana, Alex y Jeremy y desde luego, Jared y yo, organizamos un picnic en el lago. Era un día maravilloso para nadar, el sol brillaba implacable en un cielo despejado y hacía mucho calor.

Las gemelas y yo extendimos una manta a rayas verdes y blancas bajo la sombra de un abedul amarillo, y nos dedicamos a preparar el almuerzo. Habíamos llevado ingredientes para preparar una pila de deliciosos sándwiches de jamón y queso, también hojas frescas de lechuga, rodajas de tomate y huevos duros. Para beber, ellos había comprado gaseosa sabor cola y muchas golosinas para el postre.

Los muchachos prefirieron intentar primero con la pesca que con cualquier otra cosa. Se alejaron caminando descalzos sobre el pedregullo, y bordeando

una de las redondeces del lago, llegaron hasta la orilla contraria a la cual solíamos nadar.

Prepararon las cañas con los anzuelos y las carnadas, y luego se sentaron a probar suerte durante un rato. Al cabo de casi una hora sin haber tenido ningún éxito, era evidente que su paciencia se había agotado.

Yo los observaba desde donde estaba y notaba el disgusto en el rostro de Jared. Él escudriñaba el agua y le costaba horrores mantenerse quieto. Bufaba y movía la caña de un lado al otro, con ello se ganó las reprimendas de Jeremy y Alex, quienes lo acusaron de espantar a las posibles presas.

Finalmente se resignaron al fracaso y guardaron los elementos, se quitaron las camisetas sin mangas que llevaban puestas y se lanzaron al agua fresca. En menos de cinco minutos, el rostro de Jared se había transformado y volvía a estar tan radiante como el sol.

—¡Ven, Margareth! —Me gritaba Jared, mientras chapoteaba y salpicaba a Alex y a Jeremy—. ¡Ven! ¡El agua está deliciosa! — Seguía diciéndome, sin dejar de reír a carcajadas.

Para ser francos, la sonrisa de Jared, era preciosa. Los dientes blancos y parejos resaltaban en su cara bronceada, y sus ojos azules, ese día tenían el mismo color del cielo despejado.

—Margareth... ¡Margareth! —gritó Sophie.

—¿Por qué me gritas, Sophie?

—¡Jared te está llamando! ¿No lo escuchas acaso? ¿Qué te sucede, Margareth? —Me preguntó Sophie, mirándome con una de sus miradas especuladoras—. ¡Te quedaste embobada!

—Lo siento... no lo escuché. Estaba distraída —le respondí algo turbada y desviando la mirada.

Era cierto, Sophie no se equivocaba. Me había quedado embobada, y la verdad era que me había quedado contemplando a Jared. Nunca me había dado cuenta de que él se parecía tanto a Carlos.

Los hermanos compartían los rasgos, pero no los tonos. Tenían los mismos ojos grandes y expresivos, bordeados por largas pestañas; y mientras que en Carlos eran de un verde impresionante, en Jared eran azules como el

cielo. Los dos tenían una nariz larga y recta, boca grande y con labios generoso.

Carlos era más moreno, tenía el cabello lacio y negro. Jared, generalmente estaba bronceado por pasar mucho tiempo al aire libre, pero su piel era más clara y los cabellos castaños muy claros, le brillaban al sol con hebras doradas; su rostro era hermoso como el de su hermano, pero ligeramente más estilizado. Recuerdo que me obligué a volver a la realidad sacudiendo la cabeza bruscamente.

—¿Qué quieres, Jared? —le pregunté, intentando disimular cuánto me había afectado.

Sin embargo, en ese extraño instante de mi vida, algo había sucedido en mi interior, aunque yo aún no lo pudiera explicar con total certeza.

—¡Uff! ¡Por fin me oyes! —refunfuñó—. ¡Vamos a nadar, Margareth! —Al tiempo que decía esto, salió del agua y se acercó a mí.

—Ahora no, Jared —le dije, todavía no repuesta del todo.

—¡Vamos, Margareth! Te juego una carrera hasta aquella orilla, ¿quieres? —señaló con la cabeza y al hacerlo, sus cabellos mojados me salpicaron.

El agua fresca sobre mi piel tibia por el sol me provocó un estremecimiento... Hoy me pregunto si tal vez el agua y el sol no habían tenido nada que ver con ello y sí la persona que estaba frente a mí. Tampoco lo supe en ese momento.

Jared me tomó de la mano y jaló de ella para levantarme.

—¡Vamos, Margareth! —volvió a repetir mientras jalaba de mi mano.

—¡Jared, vas a arrancarme el brazo! —lo reprendí, fingiendo fastidio.

— ¡Uy, qué exagerada eres! —masculló y soltó mi mano.

Se cruzó de brazos y me observó con la cabeza levemente ladeada hacia la derecha y una sonrisa pícaro dibujada en sus labios... ¡Dios! ¡Esa tarde descubrí cuánto era que me gustaba su sonrisa!

—¡Juguemos esa carrera! —volvió a insistir.

—¿Tengo opción? —le pregunté, entornando los ojos.

—¡Claro que no tienes opción! —me dijo sonriente.

Bufé, antes de impulsarme con fuerza hacia arriba para levantarme del suelo, al mismo tiempo que él se inclinaba para ayudarme, y entonces nos chocamos las cabezas.

—¡Ay! —exclamamos a la vez.

—Lo siento, Margareth —su voz había sonado tan apenada que levanté los ojos hacia los suyos, y al ver su genuina preocupación, contuve el aliento—. Yo sólo quería ayudarte a ponerte de pie —se excusó.

—Lo sé, Jared, no te preocupes —lo tranquilicé—. Además no ha sido tu culpa.

—Déjame ver... ¿Te has lastimado? —me preguntó, mientras me acariciaba la frente en donde me había golpeado segundos antes.

Al sentir su mano fresca sobre mi frente tibia, volví a sentir aquella sensación recorrerme. En esa ocasión volví a atribuirlo al sol y al agua... Hoy tengo mis dudas.

—No es nada, y tú no estás mejor que yo —alargué la mano hacia su frente y noté cuando él contuvo el aire un instante.

Sentí una corriente, un estremecimiento en mi interior al tocarlo.

Recuerdo que con aquella impresión, sí supe, en ese instante, que había sido provocada por Jared.

Se oyeron unas risitas a nuestras espaldas. Y como no podía ser de otra manera, eran las gemelas Pimentel que se burlaban de nosotros.

—¡Mira, Sophie! ¡Mira a este par! ¡Ahora hasta compartirán chichones iguales! —se burló Diana.

— ¡Tienes razón Diana! ¡Estos dos son increíbles! —respondió Sophie y se alejaron riendo antes de que pudiéramos atraparlas.

—No les hagas caso, Margareth —susurró Jared.

Lo miré a los ojos y le sonreí.

—¡Por supuesto que no voy a hacerles caso!

Jared sonrió y en su sonrisa pude percibir alivio. Ahora me pregunto si él, en ese momento, no habrá temido que yo me sintiera cohibida con las bromas y resolviera alejarme de él. Jamás hubiese resuelto algo así. Jared era mi

mejor amigo y nada conseguiría que yo me alejara de su lado.

Me quité la camiseta sin mangas de color blanco y el short de algodón haciendo juego y me quedé con un bikini azul con corazoncitos rosa chicle estampados. Jared me miró fugazmente, me tomó de la mano y juntos corrimos hacia el lago. Una vez en la orilla, nos zambullimos dando volteretas desde el pequeño muelle de troncos y nos dedicamos a jugar esa carrera.

Los dos éramos rápidos nadadores.

Cada semana abríamos una cuenta mental en la que registrábamos los triunfos de cada uno y al llegar al final de la semana, veíamos quien había sido el vencedor absoluto. A esa altura de la semana, teníamos registradas tres victorias a favor de Jared y dos a favor mío.

En esa carrera, al llegar a la meta con sólo dos segundos desventaja, pude anotarme un triunfo, ¡y ahora el marcador estaba en empate! El desafío mayor estaba instalado y al día siguiente veríamos quien sería el campeón semanal.

Yo tenía pensado hacer mi mayor esfuerzo y hacerme con el triunfo y Jared no me dejaría semana, así que la próxima carrera sería casi a muerte, sin contar que el premio mayor constaba en que el ganador tenía derecho a poner una prenda o pedir un deseo que el perdedor debía cumplir.

Permanecimos jugando en el agua hasta bastante tarde.

Cuando el aire había comenzado a sentirse fresco, nos secamos un poco y nos quedamos conversando junto a la orilla.

Alex había llevado un termo con té caliente y ese instante era el ideal para disfrutarlo. La bebida reconfortó nuestros cuerpos, los cuales con la ropa aún mojada se estaban enfriando.

De todos modos, no nos quedamos mucho tiempo más junto al lago y cuando empezó a caer el sol, tiñéndolo todo con matices anaranjados, regresamos a la casa. Alex y Jeremy acompañaron a las gemelas, mientras que Jared y yo teníamos que cruzar el bosquecito en la dirección contraria a la de ellos.

—¿Viste, Margareth, la cara de Sophie cuando Alex la empujó al lago? ¡Dios mío, parecía un pez cómo boqueaba!

No podíamos dejar de reír mientras recordábamos los juegos de la tarde. Íbamos uno junto al otro, sin tocarnos, aunque la distancia que nos separaba era tan escasa, que de tanto en tanto nos rozábamos al caminar y cada vez que esto ocurría, yo sentía un extraño cosquilleo en ese pedacito de piel que había estado en contacto con la de Jared. Sin dudas, ese día yo había empezado a sentir cosas por él, sin embargo no me detuve a analizarlas; ni siquiera les dediqué un pensamiento porque no era capaz de comprenderlas.

—¡Ha sido increíble! —le respondí, desternillándome de la risa.

—¿Sabes? Creo que a Jeremy le gusta Diana —me dijo y su tono sonaba algo serio ahora, su vista parecía estar fija en algún punto entre el suelo y el horizonte.

—Sí, yo también lo creo... ¡Es más, estoy segura! — Exclamé entusiasmada y con la risa un poco histérica—. ¡Tenemos que averiguar si a ella también le gusta él! Aunque ahora que lo pienso, sospecho que sí — entonces le conté en secreto—: no digas que te he dicho esto, pero el viernes en clase, Diana no le sacaba los ojos de encima a Jeremy... ¡Sí, Jared, creo que a Diana le gusta Jeremy! —recalqué.

—¿Y a ti? —se detuvo abruptamente y me miró con seriedad. Me pareció que sus ojos traslucían... ¿Esperanza? ¡No! ¡No podía ser!—. ¿Te gusta alguien, Margareth? —preguntó al fin.

—Yo... yo... ¿Por qué quieres saberlo? —Indagué bruscamente y luego continué hablando intentando evadir su pregunta—: Yo nunca te he preguntado a ti si te gusta alguien.

—¿Quieres que te lo diga? Porque no me molestaría que lo supieras — indicó con la voz firme y se acercó a mí, más cerca aún de lo que estábamos. Habíamos quedado a solo dos pasos y su voz se había hecho más suave cuando añadió—: ¡A mí sí que me gusta alguien! ¡Me gusta muchísimo alguien!

Yo hice un cobarde paso hacia atrás, luego otro y le dije:

—Mee... —¡Santo Dios! ¡Recuerdo que parecía una oveja!—. Mejor guar...eh... ¡Guardamos el secreto! ¿Sí? Yo no te digo a ti y tú, tú... no me lo dices a mí. ¡Creo que es lo mejor!

Jared volvió a avanzar dos pasos para acercarse a mí. Yo sentía que mi

cuerpo temblaba. ¿Pero por qué? ¿Tenía miedo? ¿Ansiedad? ¿Expectación? Creo que la definición apropiada sería, Confusión. Yo estaba confundida, demasiado confundida y eso era lo que más me aterraba.

—¡Creo que voy a decírtelo! ¡Ahora! —sentenció Jared.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo porque en ese momento escuchamos un murmullo de voces al otro lado de los árboles, y yo no desperdiicé la oportunidad de distracción. ¡Claro que no sabía que después me arrepentiría!, porque nada me había preparado para lo que mis ojos tendrían que contemplar segundos después.

—¡Escucha! —susurré, me alejé un paso y señalé hacia la dirección de la que provenían las voces. Después, en voz casi inaudible, añadí—: Hay alguien detrás de los árboles. Veamos quienes son.

—Estábamos hablando, Margareth —protestó, él también en un murmullo.

—Luego podemos seguir conversando, ahora vayamos a espiar quienes están en el claro —modulé las palabras para no ser oída.

—Bueno, vamos... —Jared no sonaba muy entusiasmado con la idea—. ¿Acaso tengo otra opción? —preguntó, imitando el tono que yo había usado antes con él.

—¡Claro que no! —lo tomé de la mano y caminamos sigilosos hacia el lugar.

Aún había claridad y pudimos distinguir perfectamente a las dos personas. Una era Ivonny Figueroa, Una rubia muchachita curvilínea de unos veinte años, de carácter para nada agradable, pero preciosa.

Ella estaba de pie, apoyada en el tronco de un gran roble y con sus brazos alrededor del cuello... ¡de Carlos! Mientras él le rodeaba la cintura ¡y la besaba en la boca! ¡Creí que moriría de bronca en ese preciso momento! ¡Y lo hubiese preferido, antes de sufrir la humillación que me esperaba a los pocos segundos!

Jared comenzó a reír ante la escena que tenía delante. Yo ahogué un grito desesperado y salí corriendo sin poder contener el llanto. Ante tal alboroto, Carlos cortó el beso y levantó los ojos justo a tiempo para no perderse el momento en el que yo, con los ojos nublados y sin poder ver absolutamente nada, tropezaba con una raíz y quedaba despatarrada en el suelo.

En pocos instantes tenía un gran público a mi lado, compuesto por los dos hermanos que trataban de levantarme preocupados y la despreciable Ivonny Figueroa, que me miraba indignada por haberle interrumpido su momento romántico.

¡Bien! Pensé. ¡Maldita bruja!

Pero de nada me servía despotricar en contra de Ivonny, porque la verdad era que yo no podía dejar de llorar. Tenía la cara llena de tierra y con las lágrimas, bueno... ¡No estaba para nada presentable! Quería morir, desaparecer, hacerme invisible, correr... ninguna opción era viable, así que me senté con las piernas cruzadas y lloré. No sé por qué lloraba más: ¿Si por el beso que vi, por mi aspecto o por la vergüenza que sentía?

—¡Ya, Margareth! Deja de llorar, pequeña y dime, ¿dónde te duele? —me preguntó Carlos, con la ternura que lo caracterizaba cada vez que se dirigía a mí.

Yo lloraba aún más.

El corazón, el alma, hubiese dicho, pero me callé.

—¡Vamos, Margareth! ¿Te has hecho mal en el pie? ¿Te has golpeado la cara? —quiso saber, mientras me limpiaba el rostro con su pañuelo de algodón.

—¡No! Ya... ya se me pasará. Por favor, Carlos, vete. Váyanse todos... Quiero estar sola —sollocé avergonzada.

—De ninguna manera te dejaré sola —dijo él con firmeza y a su espalda se oyó un bufido acompañado de un tono irritado.

—¿Quién es esta mocosa? —indagó la rubia, con desprecio.

— ¡Cuida tus palabras, Ivonny! —espetó Carlos en tono seco—. Ella es Margareth. Es como si fuese mi hermanita pequeña y no soportaré que la insultes, ¿de acuerdo?

Ante esas palabras, yo volví a llorar.

—¡No soy tu hermanita, y no soy pequeña! —repliqué indignada.

—¡Sí que lo eres! —exclamó sonriente, mientras me removía los cabellos en un gesto cariñoso—. Y ahora déjame auxiliarte. Te ayudaré a levantarte y te llevaré a tu casa — dictaminó el Aguilar de los ojos verdes, quien me

sostuvo por debajo de los brazos y me puso de pie. —Ya me has levantado, ahora puedes irte, Carlos.

—Shhh —me silenció. Después volteó el rostro y habló con su hermano —: Jared, por favor escolta a Ivonny hasta la parada del autobús, que yo acompañaré a Margareth hasta su casa.

—¡No hace falta! —Indicó Jared, irguiéndose en toda su estatura—. Yo puedo llevar a Margareth y tú puedes ir con tu novia o seguir con... ejem, bueno... lo que estaban haciendo.

—¡No es mi novia! —expuso Carlos, y tres pares de ojos lo miramos asombrados. Y cabe agregar que Ivonny estaba bastante enojada también.

—¿Qué? ¿No soy tu novia? —gritó.

—¡Claro que no, sólo somos amigos! Aunque ahora no lo vamos a discutir —descartó el asunto, luego dirigió su mirada a su hermano y prosiguió—: Yo llevaré a Margareth. Si ella no puede caminar habrá que cargarla y tú, Jared, no podrías.

Era verdad. Jared aún conservaba el cuerpo delgado de un muchachito, mientras que el cuerpo de Carlos era más amplio y más fuerte; ya era todo un adulto.

—¡Si fuera necesario cargarla, lo intentaría! —expuso Jared, herido en su orgullo.

—Gracias, pero no hará falta, creo que podré caminar —dije, tratando de recuperar la compostura; pero al intentar dar un paso sentí una fuerte punzada en el tobillo izquierdo y no pude reprimir el dolor al tiempo que mis piernas me fallaron.

Unos fuertes brazos me levantaron del suelo y sin decir palabra, Carlos se encaminó hacia la casa. Pude oír unas maldiciones con voz femenina a lo lejos pero no me importó, pasé mis brazos alrededor de su cuello y apoyé la cabeza en su hombro.

Si de mí hubiese dependido, ese instante no hubiese terminado.

Una voz me sacó de mis pensamientos.

—¡Estás muy delgada, no pesas más que una pluma!

—¿Qué? —chillé y levanté mi cabeza del cómodo refugio que había

encontrado, para mirarlo a los ojos.

—¡Nada! —En sus labios tenía una de sus sonrisas—. Sólo quería ver si te habías quedado dormida. Estabas muy quieta — explicó—. Aunque es verdad que estás muy delgada, Margareth. ¡Creo que hasta Jared podría haberte cargado!

Me alcé de hombros restándole importancia al comentario, aunque me había dolido un poco. Era cierto que estaba muy flaca, pero yo siempre había sido así. Si tenían que describirme en ese momento, lo adecuado hubiese sido decir que era puro cabello y ojos. Largos, muy abundantes rizos castaños y ojos demasiado enormes para mi rostro. ¡Algo así como los ojos de los animes!

—Ella... ¿Es verdad que eh... no es tu novia?

— ¡Mhmm! Ivonny no es mi novia.

—¡Pero la estabas besando! —exclamé en tono de reproche.

Yo ya no apoyaba mi cabeza en su hombro y esa posición me dejaba con los labios de Carlos casi a la altura de los míos. Me deleité mirando su boca y comprobé que sus labios gruesos se parecían demasiado a los de Jared... y sin aviso me vino a la mente una imagen de la sonrisa de Jared y de sus preciosos ojos azules.

¿Por qué había pensado en Jared justo en ese momento?

¿Justo cuando el chico que yo había querido desde que tenía uso de razón, me llevaba en sus brazos?

—Mira, pequeña...

—¡No me llames así! —reclamé enfurecida.

—De acuerdo. Pero siempre te he llamado “pequeña” y nunca te disgustó —se justificó, observándome de reojo.

—¡Ahora sí me molesta!

—¡Ok! ¡No te enfades, Margareth!

—De acuerdo, no me enfadaré, pero quiero hacerte una pregunta, Carlos.

—¿Qué quieres saber?

—Entonces, eh... —empecé a decir con bastante timidez—. ¿Puedes besar a alguien, así como tú la besabas a Ivonny, y no ser novios?

—A veces, sí.

—¡Ah!... ¿Entonces no hay problema si algún muchacho me besa y no es mi novio? —averigüé con inocencia.

—¡Oh, sí, Margareth! Ese muchacho estaría en un gran problema, porque yo lo molería a golpes —indicó con tono sobreprotector—. ¡Es distinto! Tú eres peq... es decir... ¡Diablos! ¡No deberías estar pensando en esas cosas!

—¿Pero si yo quisiera que me besaran? Por ejemplo... ¿Podrías besarme tú, ahora? Nunca me han besado, ningún chico, digo... me gustaría que me besaras tú, Carlos, como la besabas a Ivonny.

—¡No, Margareth! Algún muchacho te besará cuando seas mayor, pero no seré yo —Carlos me respondió sonriendo, sin ser consciente de lo importante que era esa respuesta para mí—. ¡Besarte sería cómo besar a mi hermanita pequeña! —agregó, casi horrorizado.

—Pero yo no soy tu hermanita, ni tampoco soy pequeña — refuté en un murmullo apenas audible, y no pude evitar que mi voz sonara triste.

—¡Para mí, es como si lo fueras! Y siempre sentiré eso por ti.

—¿Y cuando yo crezca, me besarás? ¿Cuándo deje de ser una niña, vas a querer besarme? —le pregunté con inocencia.

—¡No, Margareth! No importa cuántos años tengas, para mí siempre serás mi pequeña hermanita y nunca te besaré más que en la mejilla.

—¡Eso es injusto! —exclamé.

Carlos sólo sonrió y me removió el cabello soplando sobre mi cabeza. Para él, aquello no era más que un capricho de niña...

En ese momento me hubiese gustado decirle algo más, volver a insistir con el asunto del beso, pero ya habíamos llegado a casa y no pudimos seguir hablando.

Mamá nos había visto por la ventana y ya salía a nuestro encuentro. Ella se asustó un poco al verme llegar en esas condiciones, aunque para esas alturas ella ya debería haber estado acostumbrada con las veces que Jared y yo volvíamos lastimados de nuestros entretenimientos arriesgados y diabluras

inagotables.

Carlos me dejó con mis padres y se retiró, no sin antes ofrecerse a acompañarnos; pero mi padre le indicó que no era necesario, pero que luego necesitaba hablar con él, entonces me saludó con un beso fraternal en la mejilla y Carlos cruzó la calle hacia su casa.

Mi madre me ayudó a lavarme y a cambiarme de ropa, después me llevaron al hospital en el viejo coche de papá.

Aguanté estoicamente todo tipo de estudios y exámenes, y por último, el doctor me vendó el tobillo en el que tenía un esguince, pero no había fractura.

En pocos días estaría totalmente recuperada, había dicho el traumatólogo... Del tobillo seguramente sí, ¿pero la desilusión, tiene cura?, había pensado yo.

* * * *

2017

Esa noche, Jared y yo estábamos invitados a la fiesta de cumpleaños de Patricia. Ella era una compañera nuestra de universidad, cuya familia era una de las más adineradas de la zona y se comentaba que la fiesta que sus padres habían organizado sería increíble y que hasta habría una banda que tocaría en vivo.

Había ido con mi mamá de compras y luego de varias pruebas, nos habíamos decidido por un vestidito corto, de color azul, con breteles finitos ribeteados con hilo plateado. Yo seguía estando delgada, aunque con veinticinco años, ya tenía formas más pronunciadas y redondeadas que cuando era adolescente.

Me dejé el cabello suelto, que me llegaba hasta mitad de la espalda. Mis rizos ahora estaban más controlados y no alborotados como cuando era pequeña, y mis ojos ya no resultaban desproporcionados a mi rostro. Aunque seguían siendo ojos grandes, ahora se veían bonitos en todo el conjunto. No me maquillé, puesto que prefería el estilo más natural, así que sólo me puse un poquito de brillo rosa en los labios, perfume dulce y ya estaba lista.

Me miré en el espejo.

¡Me gustaría que Carlos me viese así!, había pensado en ese momento.

Yo ya no parecía una niña y anhelé saber qué hubiese pensado él de mí al verme así arreglada. Pero desde que se graduó como mecánico, hace algunos años, solo lo veía cuando le hacía trabajos en la casa a mi padre o a los vecinos.

Carlos trabajaba medio turno en una empresa a las afueras del pequeño pueblo de San Antonio, y eso le impedía estar mucho tiempo cerca de su familia, por lo tanto, ya no se la pasaba tan cerca de Jared ni de mí.

En la única ocasión en la que Carlos y yo habíamos cruzado palabras fue porque mis padres y yo íbamos saliendo de viaje a casa de la abuela en El Hatillo y el coche no arrancaba, mi padre lo llamó y luego me dijo que no lo distrajesse para que pudiésemos salir a casa de la abuela.

La última vez que lo vi fue hace unas semanas. Acababa de llegar a casa luego de varios días en las afueras del pueblo y me fijé que estaba en su cuarto, el cual queda justo frente al mío. Notó mi presencia y me guiñó el ojo como saludo. Me derretí por dentro y le devolví el gesto con la mano.

Entrecerré las cortinas de mi pequeño balcón, necesitaba un baño luego de ese largo viaje.

Me di la vuelta para coger mi bata de baño y noté que no había pasado bien las cortinas y ¡Carlos me estaba viendo! Me tapé lo más pronto posible y él sólo sonrió... Ojalá no lo hubiese hecho.

Esa tarde escuche ruidos y quejidos a las afueras de mi balcón, pensé que era Jared cómo los viejos tiempos, así que solo esperé a que tocara la ventanilla para abrirle.

Tocaron la ventanilla y supe que no era mi mejor amigo, él no tocaba de esa manera. Me asomé y ¡Carlos! ¡¿Qué hacía Carlos ahí?!

Le abrí y me aproximé a preguntarle:

— ¡Carlos, que sorpresa! ¿Qué haces aquí? ¿Le pasó algo a Jared? — pregunté acelerada.

—No, no le ha pasado nada a Jared. Solo pasé a saludarte —. Sus ojos ya no me veían de la misma forma... esta vez había algo más... ¿deseo? No, no podía ser, él siempre me había dejado en claro que siempre me vería

como su hermanita menor, seguramente el viaje me había caído pesado y el cansancio estaba haciendo que pensara cosas que nunca pasarían.

—Ah... ¿Quieres hablar con mi padre? ¿Quieres algo de beber? —Abrí la puerta mientras esperaba su respuesta.

—No, Margareth. Vine a preguntarte si aún querías el beso que tanto anhelaste a los quince años y me negué a darte... —Sonrió y yo me quedé petrificada, no sabía qué hacer y él ya había dado dos pasos hacia mí.

Cerré la puerta a mis espaldas y trate de calmarme.

—¿Estás jugando, Carlos? —Pregunté aún asombrada.

—No, para nada.

Dio dos pasos más hacia mí y con una mano apartó el cabello de mi cuello. Con su pulgar acariciaba la comisura de mis labios y me veía como que si estuviese esperando una respuesta para seguir.

Di un corto paso y ya podía respirar el mismo aire que él. Sonrió ampliamente y se inclinó hacia adelante.

Y, por fin, Carlos me besó como había deseado que me besara desde mi adolescencia.

Fue un beso profundo.

Húmedo.

Largo.

— ¡Para Carlos! —me separé y me vio extrañado.

— ¿Qué pasa, Margareth? ¿No te ha gustado? —preguntó preocupado.

—No no... No, para nada. Sólo que... —dije nerviosa, no sabía cómo terminar la oración— aún soy virgen.

— ¡¿Qué?! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Margareth... Tienes veinticinco años, no puede ser posible que... —lo interrumpo.

—No ha salido el tema. No tengo por costumbre ir contando por ahí mi vida sexual. Además... tenemos mucho que no hablamos como antes.

Me contemplo las manos. ¿Por qué me siento culpable? ¿Por qué está tan rabioso? Lo miro.

—Bueno —me dice bruscamente. Y aprieta los labios—. Sabía que no tenías mucha experiencia, pero... ¡virgen! —Lo dice como si fuera un insulto

— Mierda, Margareth, podría meterme en un gran lío con tu padre por esto... —se queja—. Que Dios me perdone. ¿Te han besado alguna vez, sin contarme a mí?

—Pues claro —le contesto intentando parecer ofendida. Está bien... quizá un par de veces.

— ¿Y no has perdido la cabeza por ningún chico guapo? De verdad que no lo entiendo. Tienes veinticinco años, casi veintiséis —repitió— Eres bellísima.

Vuelve a pasarse la mano por el pelo. Bellísima. Me ruborizo de alegría. Carlos me considera linda. Entrelazo los dedos y los miro fijamente intentando disimular mi estúpida sonrisa. Quizá es miope. Mi adormecida subconsciente asoma la cabeza. ¿Dónde estaba cuando la necesitaba?

— ¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —le susurro.

—No estoy molesto contigo. Estoy molesto conmigo mismo. Quería esto... Te deseo desde hace un tiempo, para ser exactos desde aquel día que estaba reparando la lava vajillas de tu madre y bajaste con ese diminuto pijama...—Suspira, me mira detenidamente y mueve la cabeza—. ¿Quieres que me vaya? —me pregunta en tono dulce.

—No, a menos que tú quieras irte —murmuro. No, por favor... No te vayas.

—Claro que no. Me gusta estar aquí, contigo —me dice frunciendo el ceño, y observa el reloj y se queda pensativo—. Es tarde, tus padres deben de estar durmiendo —Y vuelve a levantar los ojos hacia mí—. Estás temblando —me dice con voz ronca y mirándome pensativo.

—Perdona.

—No te disculpes. Es solo que me dan más ganas de besarte y morderte... fuerte. —se queda lelo viendo mi boca— los labios, claro.

Me quedo boquiabierta... ¿Cómo puede decirme esas cosas y pretender que no me afecten?

—Ven —murmura.

— ¿Qué?

—Vamos a arreglar esto ahora mismo.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué cosa arreglaremos?

—Te haré el amor ahora mismo.

—Oh.

Siento que el suelo se mueve. No puedo creer que esto vaya a pasar con el amor de mi vida. Contengo la respiración.

—Si quieres, claro. No quiero tentar a la suerte.

—Creía que no te gustaban las chicas sin experiencia. Además, tampoco pensaba que te gustaba.

Trago saliva.

De repente se me secó boca.

Me lanza una sonrisa perversa que me recorre el cuerpo hasta llegar a...

—Puedo hacer una excepción. De verdad quiero hacerte el amor. —me dice con mirada intensa.

Me ruborizo... Madre mía... Mis deseos se hacen realidad.

— ¿Y si mis padres se despiertan? —Estaba realmente nerviosa ¿o ansiosa?

—Olvídate de todos por esta noche. Te deseo. Sé que tú también me deseas. Margareth, por favor.

Me tiende la mano con ojos brillantes, ardientes... excitados, y se la agarro. Tira de mí hasta rodearme entre sus brazos. El movimiento me toma por sorpresa y de pronto siento todo su cuerpo pegado al mío. Me recorre la nuca con los dedos, enrolla mi cola de caballo con su mano izquierda y tira suavemente para obligarme a levantar la cara. Está mirándome.

—Eres muy valiente —me susurra—. Siempre me has gustado.

Sus palabras son fuego puro. Me arde la sangre.

Se inclina, me besa suavemente y me chupa el labio inferior.

—Quiero morder estos labios —murmura sin despegarse de mi boca. Y tira de él con los dientes cuidadosamente.

—Por favor, Margareth, déjame hacerte el amor.

—Sí —susurro.

Veo su sonrisa triunfante cuando me suelta, me agarra de la mano y me conduce a mi cama.

Estoy temblando como una hoja.

Ya está.

Por fin, después de tanto tiempo, voy a hacerlo, y nada menos que con Carlos. Respiro entrecortadamente y no puedo apartar los ojos de él. Se quita el reloj y lo deja encima de mi mesita de noche. Lleva la camisa blanca y unos pantalones grises. Es lindo hasta perder el sentido. Se gira y me mira con expresión dulce.

—Supongo que no tomas la píldora.

¿Qué? Mierda.

—No....

Busca en su billetera y saca un condón. Me mira fijamente.

—Tienes que estar preparada —murmura—. ¿Quieres que cierre las cortinas? Hasta yo he podido verte desde afuera cuando te cambiabas...

—Tú eres el único que tiene vista a mi cuarto — me reí y lo miré fijamente. — No me importa —susurro—.

Se acerca a mí despacio. Está muy seguro de sí mismo, muy sexy, y le brillan los ojos. El corazón se me dispara y la sangre me bombea por todo el cuerpo. El deseo, un deseo caliente e intenso, me invade el vientre. Se detiene frente a mí y me mira a los ojos. Oh, es tan sexy...

—Vamos a quitarte el suéter, si te parece —me dice en voz baja.

Me desliza el suéter por los hombros y lo deja en la silla de mi escritorio.

— ¿Tienes idea de lo mucho que te deseo, Margareth? —me susurra.

Se me corta la respiración. No puedo apartar mis ojos de los suyos. Alza una mano y me pasa suavemente los dedos por la mejilla hasta la barbilla.

— ¿Tienes idea de lo que voy a hacerte? —añade acariciándome la barbilla.

Los músculos de mi parte más profunda y oscura se tensan con infinito

placer. El dolor es tan dulce y tan agudo que quiero cerrar los ojos, pero los suyos, que me miran ardientes, me hipnotizan. Se inclina y me besa. Sus labios exigentes, firmes y lentos se acoplan a los míos.

Empieza a desabrocharme la camisola de seda besándome ligeramente la mandíbula, la barbilla y las comisuras de la boca. Me la quita muy despacio y la deja caer al suelo. Se aparta un poco y me observa. Por suerte, llevo el sujetador azul cielo de encaje, que me queda estupendo.

—Margareth... —me dice—. Tienes una piel preciosa, blanca y perfecta. Quiero besártela centímetro a centímetro.

Me ruborizo. Me agarra de la cola de caballo, la deshace y jadea cuando la melena me cae en cascada sobre los hombros.

—Me gustan las morenas —susurra

Mete las dos manos entre mis cabellos y me sujeta la cabeza. Su beso es exigente, su lengua y sus labios, persuasivos. Gimo y mi lengua indecisa se encuentra con la suya. Me rodea con sus brazos, me acerca su cuerpo y me aprieta muy fuerte. Una mano sigue en mi pelo, y la otra me recorre la columna hasta la cintura y sigue avanzando, sigue la curva de mi trasero y me empuja suavemente contra sus caderas.

Siento su erección, que empuja contra mi cuerpo. Vuelvo a gemir sin apartar los labios de su boca. Apenas puedo resistir las desenfundadas sensaciones, ¿o son las hormonas?, que me devastan el cuerpo. Lo deseo con locura. Lo agarro por los brazos y siento sus bíceps. Es sorprendentemente fuerte... musculoso. Con gesto indeciso, subo las manos hasta su cara y su pelo alborotado, que es muy suave. Tiro suavemente de él, y Carlos gime.

Me conduce despacio hacia la cama, hasta que la siento detrás de las rodillas. Creo que va a empujarme, pero no lo hace. Me suelta y de pronto se arrodilla. Me sujeta las caderas con las dos manos y desliza la lengua por mi ombligo, avanza hasta la cadera mordisqueándome y después me recorre la barriga en dirección a la otra cadera.

—Ah —gimo.

No esperaba verlo de rodillas frente a mí y sentir su lengua recorriendo mi cuerpo. Es excitante. Apoyo las manos en su pelo y tiro suavemente intentando calmar mi acelerada respiración.

Levanta la cara y sus ardientes ojos grises me miran a través de las pestañas, increíblemente largas. Sube las manos, deshace el lazo de la tiras de mis pantalones de chal y sin apartar sus ojos de los míos, introduce muy despacio las manos en mi pantalón, las pega a mi cuerpo, las desliza hasta el trasero y avanza hasta los muslos arrastrando con ellas la tela suave de mi pijama. No puedo dejar de mirarlo.

Se detiene y, sin apartar los ojos de mí ni un segundo, se lame los labios. Se inclina hacia delante y pasa la nariz por el vértice en el que se unen mis muslos. Lo siento junto a mi sexo.

—Hueles muy bien —dice.

Cierra los ojos, con expresión de puro placer, y siento como una sacudida. Extiende un brazo, tira del edredón, me empuja suavemente y caigo sobre la cama. Todavía de rodillas, me agarra un pie, y me quita la media. Me apoyo en los codos y me incorporo para ver lo que hace. Jadeo, muerta de deseo.

Me agarra el pie por el talón y me recorre el empeine con la uña del pulgar. Es casi doloroso, pero siento que el recorrido se proyecta sobre mi ingle. Gimo. Sin apartar los ojos de mí, vuelve a recorrerme el empeine, esta vez con la lengua, y después con los dientes. Mierda. ¿Cómo puedo sentirlo entre las piernas? Caigo sobre la cama gimiendo. Oigo su risa ahogada.

—Margareth, no te imaginas lo que quiero hacerte—me susurra.

Me quita la otra media, y después se levanta y me quita el pijama. Estoy tumbada en mi cama, en bragas y sujetador, y él me mira detenidamente.

—Eres muy hermosa, Margareth. Me muero por estar dentro de ti.

¡Vaya manera de hablar! Es todo un seductor. Me corta la respiración.

Se desabrocha los botones de su pantalón gris y se lo quita despacio sin apartar los ojos de los míos. Se inclina sobre mí, me agarra de los tobillos, me separa rápidamente las piernas y avanza por la cama entre ellas. Se queda suspendido encima de mí. Me retuerzo de deseo.

—No te muevas —me dice.

Se inclina, me besa la parte interior de un muslo y va subiendo, sin dejar de besarme, hasta mis bragas de encaje.

Ay... No puedo quedarme quieta. ¿Cómo no voy a moverme? Me retuerzo

debajo de él.

—Quédate quieta, nena.

Sigue besándome la barriga y me introduce la lengua en el ombligo. Sus labios ascienden hacia el torso. Me arde la piel. Estoy sofocada. Por un momento siento mucho calor, luego frío, y arañeo la sábana.

Carlos se tumba a mi lado y me recorre con la mano desde la cadera hasta el pecho, pasando por la cintura. Me observa con expresión impenetrable y me rodea suavemente los pechos con las manos.

—Encajan perfectamente en mi mano, Margareth —susurra.

Mete el dedo índice por la copa de mi sujetador, la baja muy despacio y deja mi pecho al aire, empujado hacia arriba por la varilla y la tela. Desplaza el dedo a mi otro seno y repite el proceso. Los pechos se me hinchan y los pezones se me endurecen bajo su insistente mirada. El sujetador mantiene alzados mis senos.

—Muy bonitos —suspira admirado.

Y los pezones se me endurecen todavía más. Me chupa suavemente un pezón, desliza una mano al otro pecho, y con el pulgar rodea muy despacio el otro pezón y tira de él. Gimo y siento que una dulce sensación me desciende hasta la ingle. Estoy muy húmeda. Oh, por favor, suplico para mis adentros agarrando con fuerza la sábana.

Cierra los labios alrededor de mi otro pezón, y cuando lo lame, casi siento una convulsión.

—Quiero que te vengas así...—me susurra. Y sigue con su lenta y sensual incursión. Mis pezones sienten sus hábiles dedos y sus labios, que encienden mis terminaciones nerviosas hasta el punto de que todo mi cuerpo gime en una dulce agonía, pero él no se detiene.

—Por favor... Carlos —le suplico. Tiro la cabeza hacia atrás, con la boca abierta, y gimo.

Siento las piernas entumecidas. Maldita sea, ¿qué está pasándome?

—Déjate ir, nena —murmura.

Me aprieta un pezón con los dientes, con el pulgar y el índice tira fuerte del otro, y me dejo caer en sus manos. Mi cuerpo se agita y estalla en mil

pedazos. Me besa profundamente, metiéndome la lengua en la boca para absorber mis gritos. ¡Dios mío! Ha sido fantástico. Ahora ya sé a qué viene tanto asombro ante mi reacción. Me mira con una sonrisa satisfecha, aunque estoy segura de que no es más que gratitud y admiración por mí.

Vuelve a besarme. Mi respiración es todavía irregular mientras me recupero del orgasmo. Desliza una mano hasta mi cintura, mis caderas, y la posa en mis partes íntimas... Ay. Introduce un dedo por el encaje y lentamente empieza a trazar círculos alrededor de mi sexo. Cierra los ojos por un instante y contiene la respiración.

—Estás muy húmeda. No sabes cuánto te deseo.

Introduce un dedo dentro de mí, y yo grito mientras lo saca y vuelve a meterlo. Me frota el clítoris con la palma de la mano, y grito de nuevo. Sigue introduciéndome el dedo, cada vez con más fuerza. Gimo. De repente se sienta, me quita las pantis y las tira al suelo. Se quita también él los calzoncillos y libera su erección. ¡Dios santísimo!

Alarga el brazo hasta la mesita de noche, agarra el condón y se mueve entre mis piernas para que las abra. Se arrodilla y desliza un condón por su largo miembro. Oh, no... ¿Cómo va a entrar?

—No te preocupes —me susurra mirándome a los ojos—. Tú también te dilatas.

Se inclina apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza, de modo que queda suspendido por encima de mí. Me mira a los ojos con la mandíbula apretada y los ojos ardientes. En este momento me doy cuenta de que todavía lleva puesta la camisa.

— ¿De verdad quieres hacerlo? —me pregunta en voz baja.

—Por favor —le suplico.

—Levanta las rodillas —me ordena en tono suave.

Obedezco de inmediato.

—Ahora voy a cogerte, dulce Margareth —murmura colocando la punta de su miembro erecto delante de mi sexo.

Y me penetra bruscamente.

— ¡Aaay ! —grito.

Al desgarrar mi virginidad, siento una extraña sensación en lo más profundo de mí, como un pellizco. Se queda inmóvil y me observa con ojos en los que brilla el triunfo. Tiene la boca ligeramente abierta y le cuesta respirar. Gime.

—Estás muy cerrada. ¿Estás bien?

Asiento con los ojos en blanco y agarrándome a sus brazos. Me siento llena por dentro. Sigue inmóvil para que me aclimate a la invasiva y abrumadora sensación de tenerlo dentro de mí.

—Voy a moverme —me susurra un momento después en tono firme.

Oh. Retrocede con exquisita lentitud. Cierra los ojos, gime y vuelve a penetrarme. Grito por segunda vez, y se detiene.

— ¿Más? —me susurra con voz salvaje.

—Sí —le contesto.

Vuelve a penetrarme y a detenerse. Gimo. Mi cuerpo lo acepta... Oh, quiero que siga.

— ¿Otra vez? —me pregunta.

—Sí —le contesto en tono de súplica.

Y se mueve, pero esta vez no se detiene. Se apoya en los codos, de modo que siento su peso sobre mí, aprisionándome. Al principio se mueve despacio, entra y sale de mi cuerpo. Y a medida que voy acostumbrándome a la extraña sensación, empiezo a mover las caderas hacia las suyas. Acelera. Gimo y me embiste con fuerza, cada vez más deprisa, sin piedad, a un ritmo implacable, y yo mantengo el ritmo de sus embestidas.

Me agarra la cabeza con las manos, me besa bruscamente y vuelve a tirar de mi labio inferior con los dientes. Se retira un poco y siento que algo crece en lo más profundo de mí, como antes. Voy poniéndome tensa a medida que me penetra una y otra vez.

Me tiembla el cuerpo, me arqueo. Estoy bañada en sudor. No sabía que sería así... No sabía que la sensación podía ser tan agradable. Mis pensamientos se dispersan... No hay más que sensaciones... Solo él... Solo yo... Ay, por favor... Mi cuerpo se pone rígido.

—Córrete para mí, Margareth —susurra sin aliento.

Y me dejo ir en cuanto lo dice, llego al clímax y estallo en mil pedazos bajo su cuerpo. Y mientras se corre también él, grita mi nombre, da una última embestida se queda inmóvil, como si se vaciara dentro de mí. Todavía jadeo, intento ralentizar la respiración y los latidos del corazón, y mis pensamientos se sumen en el caos.

Uf... ha sido algo increíble. Abro los ojos. Carlos ha apoyado su frente en la mía. Tiene los ojos cerrados y su respiración es irregular. Parpadea, abre los ojos y me lanza una mirada turbia, aunque dulce. Sigue dentro de mí. Se inclina, me besa suavemente en la frente y, muy despacio, empieza a salir de mi cuerpo.

—Oooh.

Es una sensación extraña, que me hace estremecer.

— ¿Te he hecho daño? —me pregunta Carlos mientras se tumba a mi lado apoyándose en un codo.

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa.

— ¿Estás de verdad preguntándome si me has hecho daño?

—No seas irónica —me dice con una sonrisa burlona—. En serio, ¿estás bien?

Sus ojos son intensos, perspicaces. Me tiendo a su lado sintiendo los miembros desmadejados, con los huesos como de goma, pero estoy relajada, muy relajada. Le sonrío. No puedo dejar de sonreír. Ahora entiendo a qué viene tanto alboroto.

Dos orgasmos... todo tu ser completamente descontrolado, como cuando una lavadora centrifuga. No tenía ni idea de lo que mi cuerpo era capaz, de que podía tensarse tanto y liberarse de forma tan violenta, tan gratificante. El placer ha sido indescriptible.

—No me has contestado.

Frunce el ceño. Le sonrío con gesto travieso.

—Me gustaría volver a hacerlo —susurro.

Por un momento creo ver una fugaz expresión de alivio en su cara. Luego cambia rápidamente de expresión y me mira con ojos velados.

— ¿Ahora mismo?

Se inclina sobre mí y me besa suavemente en la comisura de la boca

Parpadeo varias veces y me doy la vuelta. Me desabrocha el sujetador y me desliza la mano desde la espalda hasta el trasero.

—Tienes una piel realmente preciosa.

Mete una pierna entre las mías y se queda medio tumbado sobre mi espalda. Siento la presión de los botones de su camisa mientras me retira el pelo de la cara y me besa en el hombro.

— ¿Por qué no te has quitado la camisa? —le pregunto.

Se queda inmóvil. Acto seguido se quita la camisa y vuelve a tumbarse encima de mí. Siento su cálida piel sobre la mía. Mmm... Es una maravilla. Tiene el pecho cubierto de una ligera capa de pelo, que me hace cosquillas en la espalda.

—Así que quieres que vuelva a tomarte... —me susurra al oído. Y empieza a besarme muy suavemente alrededor de la oreja y en el cuello.

Me levanta las rodillas y se me corta la respiración... ¿Qué está haciendo ahora? Se mete entre mis piernas, se pega a mi espalda y me pasa la mano por el muslo hasta el trasero. Me acaricia despacio las nalgas y después desliza los dedos entre mis piernas.

—Voy a cogerte desde atrás, Margareth —murmura.

Con la otra mano me agarra del cabello a la altura de la nuca y tira ligeramente para colocarme. No puedo mover la cabeza. Estoy inmovilizada debajo de él, indefensa.

—Eres mía —susurra—. Solo mía. No lo olvides.

El sonido del timbre, seguido de la voz de papá, llamándome, me rescató de mis pensamientos.

— ¡Margareth! ¿Ya estás lista? —Grito papá desde el vestíbulo—. Porque Jared ya ha llegado. No lo hagas esperar.

— ¡Bajo en un minuto, papá! —respondí desde mi cuarto, a través de la puerta entreabierta. Al oír el nombre de Jared, algo en mi interior, sutilmente,

se había agitado pues él me había dicho que su hermano, Carlos, nos llevaría. Tenía casi una semana sin verlo, después de nuestro primer encuentro.

Antes de salir sentí el impulso repentino de revisar nuevamente mi aspecto en el espejo. No sabía bien por qué, pero lo hice. Cuando me pareció que estaba todo en orden, descendí la escalera.

Jared me esperaba junto a la puerta... ¡Estaba increíble!

Vestía un pantalón oscuro, llevaba una corbata de color gris perla, estratégicamente floja, que caía sobre una camisa de un azul casi idéntico al de sus ojos y una chaqueta desabrochada del color de los pantalones completaba su atuendo elegante aunque desestructurado.

Llevaba el cabello castaño dorado un poco largo y algunos mechones le caían sobre la frente. Su cuerpo, al igual que el mío, había cambiado. Estaba altísimo. Medía, por lo menos, un metro ochenta y cinco, y se veía que seguiría creciendo; su contextura era atlética.

— ¡Estás hermosa! —me susurro, mientras se acercaba a besarme en la mejilla y en ese momento pude percibir su perfume dulce y especiado.

—Tú también estás muy guapo —le respondí sinceramente.

—Chicos vayan o llegarán tarde —nos interrumpió mi padre, quien nos observaba frunciendo el entrecejo.

—Sí, papá, ya nos vamos.

Apenas salí, lo vi. Estaba vestido a su estilo pero elegante, me fallaron las piernas y el me atajó en sus brazos sin dejar de mirarme.

—Adiós papá.

Escuché mi voz como a lo lejos. Me sentía extraña, como caminando sobre una nube; igual que si flotara. No entendía qué me sucedía. Era como si en ese instante yo hubiese estado redescubriendo a ese muchacho, como si de repente, mis ojos realmente repararan por primera vez en él...

Era irónico, porque ya había estado con él y sin embargo, jamás lo había mirado como esa noche yo estaba mirando a Carlos... ¿Realmente nunca lo había mirado así? Me pregunto ahora, tiempo después, y esa pregunta me parece que por lo pronto quedará sin respuesta.

—Tú, muchacho, prométeme que conducirás con cuidado. No quisiera que

tuvieran un accidente —escuché a papá desde afuera, encerrada en mi propia burbuja, cuando él se dirigía a Carlos.

Mis ojos se negaban a mirar hacia un lugar en el que no estuviese él... Sus ojos me hechizaban, su sonrisa me fascinaba, su olor me embriagaba.

—No, señor, no se preocupe. Por algo mi padre me ha dejado cargo de llevarlos y traerlos, así que le prometo que iré con cuidado y traeré a su hija, sana, de regreso.

De reojo vi que mi padre asentía con la cabeza. Estaba satisfecho con la respuesta que le había dado Carlos.

—¡Que así sea! —Dijo, y después añadió—: ¿Margareth, a qué hora termina esa fiesta?

—Eh... — ¿Qué preguntó papá? Despejé mi cabeza con un sacudón. ¡Ah, sí!, preguntó a qué hora termina la fiesta, me dije. Al menos, esas eran las últimas palabras que mis recuerdos recientes registraban, así que me arriesgué a responder—: No lo sabemos con seguridad, papá; pero no creo que termine antes de las cinco —le respondí.

—Se comentaba en la escuela, que los padres de Patricia habían contratado un servicio especial para que prepararen un desayuno antes del final —acotó Jared, con una sonrisa de satisfacción en los labios. ¡La comida era su debilidad!

— ¡Deja que los muchachos se vayan de una vez, Vincent, ya son suficientemente grandes! —lo reprendió mamá, de manera cariñosa, asomándose desde la cocina.

—Sí, sí. Tienes razón, Mary. Bueno, vayan... —nos instó a nosotros, haciendo un gesto con sus manos, y señalando la puerta.

Nos volvió a observar pensativo, mientras Jared y yo nos sonreíamos con complicidad, mi mejor amigo y yo sabíamos que esta noche sería única. Él mismo esbozó una sonrisa, y luego añadió—: ¡Tengan cuidado y diviértanse!

Tras despedirnos, subimos al automóvil y emprendimos el trayecto.

La presencia de Carlos a mi lado, era sumamente fuerte. Su atención estaba puesta en el camino, con la mirada fija en la carretera y de tanto en tanto se mordía el labio inferior. Me descubrí recordando las miles de veces

que había visto ese mismo gesto de concentración en su rostro, por ejemplo, cuando él intentaba resolver algún ejercicio de matemáticas, o cuando era un niño y yo desarmaba sus juguetes para después volver a encastrar cada pieza en su lugar y le pedía ayuda.

Siempre había pensado que nunca me había detenido a observar a Carlos, pero ahora, debo confesar, ¡que no había hecho otra cosa en toda la vida! Comprendí que me sabía de memoria cada una de sus muecas o sus gestos y lo que significaban cada uno de ellos... Y eso me alarmó. Puede que aún no estuviese preparada para aceptarlo.

Antes de llegar, ya se oía la música. Al acercarnos, quedamos sin palabras. Pasamos los portones de reja y seguimos por el ancho corredor asfaltado, iluminado a ambos lados por lámparas en forma de globo. El camino estaba bordeado de inmensos jardines que se extendían hasta perderse de nuestra vista, a lo lejos, engullidos por la oscuridad.

Las suaves lomadas estaban cubiertas de césped parejo y corto; tan perfecto que parecía una alfombra. Los arbustos, diseminados por todo el parque, estaban podados para darles la forma de distintas figuras, como canastas, ángeles y graciosos animalitos que en la penumbra, parecían cobrar vida propia.

De repente volteé buscando a Jared y me conseguí con Carlos, nos miramos, y en nuestros ojos refulgía el asombro. Carlos se mordió el labio inferior, sofocando una sonrisa, mientras meneaba la cabeza. Nunca habíamos visto tanta opulencia. Luego volvió la vista al frente. Continuamos avanzando y unos metros más allá nos indicaron dónde estacionar.

Una vez que descendimos del automóvil, nos dirigimos a pie hasta la residencia. Caminamos, sin dejar de mirar en todas direcciones, por un bonito sendero de lajas negras, iluminado por antorchas a ambos flancos.

La residencia, con sus paredes de piedra blanca y sus altas columnas presidiendo un brillante suelo de mármol pulido, era realmente imponente. Carlos me tomó de la mano tímidamente.

Nos sentíamos intimidados ante tanta grandeza y necesitábamos del apoyo mutuo para seguir avanzando. Una vez dentro, volvimos a quedar maravillados. De los altos techos con molduras de yeso, caían lánguidamente, formando ondas, suaves colgaduras de sedas de colores y cascadas de globos

perlados en distintos matices de rosado. El sonido, la iluminación en los amplios y elegantes salones... cada cosa era acorde al fin que le habían destinado y todo estaba decorado con una exquisitez absoluta.

Nos hicieron pasar al comedor. Allí la luz era suave y agradable. Una dulce melodía permitía conversar al tiempo que se disfrutaba de una cena deliciosa que se extendió bastante entre la entrada, un primer plato y después el plato principal. Con nuestro grupo de amigos completábamos una de las mesas para seis personas.

Esa noche las miradas entre Jeremy y Diana se hicieron más frecuentes y evidentes. Y yo hubiese podido apostar que esos dos se gustaban desde hacía muchos años, aunque no dedique mucho tiempo en reflexionar acerca de eso. Había otras miradas que también se hacían cada vez más intensas y esas eran entre Jared, que estaba frente a mí, y Sophie; y con cada una de ellas, yo perdía mi capacidad del habla.

Más tarde, Patricia se acercó a cada mesa a saludar a los presentes. Luego de un rápido intercambio de cumplidos en el que le deseamos felicidades y elogiamos la fiesta, el vestido, la música, porque realmente todo ese entorno maravilloso que habían logrado crear nos mantenía fascinados, ella nos pidió formalmente a todos que pasáramos al salón de baile. Éste estaba decorado con centenares de luces multicolores que se encendían y se apagaban rítmicamente invitando a bailar. Allí la música era más alegre y su volumen era mucho más alto que en el comedor.

Ya no recuerdo cuántas canciones, ni con cuántas parejas bailé. En general nos agrupábamos y bailábamos todos juntos, al ritmo de la música disco algunas veces, un poco de rock and roll otras y también algo de pop.

Carlos siempre estaba cerca, y ni cuando él bailó junto a Patricia dejó de mirarme. Siempre sentía sus ojos posados en mí y su mirada me quemaba en la piel. También descubrí algo muy parecido a los celos cada vez que alguna chica se acercaba a él o le coqueteaba desde lejos. Sentía que me querían arrebatar algo que me pertenecía.

Un pensamiento egoísta, por supuesto, ya que Carlos era mi amigo y no mi novio, pero mi sentimiento de posesividad sobre él era absoluto y sólo podía pensar en una cosa: Carlos es mío y no quiero compartirlo con nadie.

Cuando ya estábamos agotadas, las chicas y yo decidimos que era el

momento de ir al sanitario a recomponer nuestro aspecto y refrescarnos un poco. ¡También a intercambiar pensamientos!, uno de nuestros pasatiempos favoritos.

— ¡Estoy, definitivamente, enamorada de Jeremy! — confesó por fin Diana, entre suspiros, mientras peinaba su melena rubia.

— ¡Pues al fin lo reconoces! Desde nuestro picnic en el lago, que lo vengo sospechando. ¡Y él, si no se cansó de esperarte, siente lo mismo por ti! —le dije.

— ¡A bueno! —exclamó Diana. Dejó el cepillo dentro de su bolso y giró en redondo, apoyando su cadera en el lavabo y cruzándose de brazos—. ¡Y mira quién habla! ¿Qué hay con Carlos?

— ¿Qué pasa con él? —pregunté, haciéndome la desentendida y sintiendo que mi corazón latía desbocado, más frenético que nunca, al escuchar su nombre.

— ¿Que, qué pasa con él? ¿Es que no te das cuenta, o no lo quieres reconocer? —retrucó Diana.

— ¡Se le nota a kilómetros que se muere por ti! —intervino Sophie.

Esas palabras de mi amiga, me cayeron como un balde de agua helada.

Hasta esa noche en la que había notado que él me miraba, jamás hubiese imaginado que Carlos sintiera algo más profundo por mí, después de lo que pasó pensaba que sólo me quería para eso. Tuve que sentarme. Todo a mí alrededor parecía girar... ¿Acaso él siente también todo este torbellino de cosas que yo estoy sintiendo esta noche por él?, me preguntaba.

— ¿De qué están hablando? Él me quiere, sí, pero como a una amiga, igual que yo lo quiero a él —arriesgué—. ¡Eso no vamos a negarlo! Pero de ahí a sentir algo más... —a medida que decía aquello, esas palabras me sonaban vacías. ¿Qué me sucede?, me preguntaba a mí misma.

— ¡No, Margareth! ¡Carlos está enamorado de ti! ¡Siempre lo ha estado! y si no te has dado cuenta, es porque eres una despistada.

—Sophie tiene razón. Carlos no mira a ninguna chica de la forma en la que te mira a ti. Se queda embobado y los ojos le brillan de una forma especial... ¡Y tú también a él! ¡No puedes negarlo!

— ¡Dime! ¿De verdad no sientes nada más que una amistad por él? — Sophie me observaba entornando los ojos—. ¡Porque yo hubiese jurado que te gustaba! Cuando estás con él... se te ve radiante —agregó con voz soñadora—. ¡Reconócelo, Margareth!

—No lo sé...

¿Por qué no pude responder que no? ¿Acaso yo no estaba segura de que mis sentimientos especiales estaban dirigidos a otra persona?, me planteé aquella vez, en aquel tocador lujoso. Eso aún me alarmó más, a decir verdad, últimamente no había pensado en nada, menos desde el momento en el que había visto a Carlos en la puerta de casa. ¿Qué me está pasando?, volví a preguntarme.

— ¿No lo sabes? ¿Qué quieres decir con eso?

— ¡Por Dios! ¡No lo sé! —quería gritar—. Para serles sincera, si me lo hubiesen preguntado hoy en la mañana, pienso que les hubiese dicho que no... Enamorada de él no... Aunque ahora tampoco de eso estoy convencida —tuve que reconocer—. Pero desde que lo vi en la tarde estoy sintiendo algo inexplicable y ahora... ahora creo que estoy confundida. ¡Esto no puede ser! ¡Necesito sentarme!

— ¡Ya estás sentada, Margareth! —exclamó Sophie, entre risas.

— ¡Sí!, estoy confundida —repetí, sin hacer caso a mis amigas que se miraban e intercambiaban gestos de asentimiento.

— ¡Necesitas contarnos qué te pasa! —dijo una de ellas.

—Mejor no...

— ¡Sí! Habla y te ayudaremos. Somos tus mejores amigas y puedes confiar en nosotras —acotó la otra gemela. Estaba tan confundida, que ya ni prestaba atención cuando hablaba una o la otra. Sus voces bombardeaban mi cerebro despiadadamente.

Sophie me rodeó los hombros con su brazo y Diana se acuclilló delante de mí, tomándome de las manos. Esos gestos me hicieron sentir tan reconfortada, que suspiré sonoramente.

— ¡Cielos! —exclamé con voz cansina—. Diana, Sophie ¡Claro que son mis mejores amigas! Sin embargo, no me parece que pueda contarles lo que

siento.

— ¡Sí que puedes, y lo harás! —ese ultimátum, de parte de Diana, me dejó perpleja. Sophie asentía con la cabeza para reforzar las palabras de su hermana. Me estaban presionando claramente, pero por otro lado, yo necesitaba desahogarme o mi cerebro explotaría.

—Está bien —acepté, entonces empecé a hablar—. Quiero con todo mi corazón a Carlos, pero crecí creyendo estar enamorada de su hermano... Que es mi mejor amigo... Jared, hasta hace poco; pero algo cambió y no sé qué es lo que siento ahora... ¿Estaré enamorada de los dos? —se me ocurrió preguntar.

— ¿Estabas enamorada de Jared Aguilar? —preguntaron al unísono las gemelas, abriendo mucho sus ojos. Se las veía perplejas. Sophie me miraba con recelo pero sabía que no me reclamaba nada porque prácticamente les estaba confesando mi amor por Carlos.

—Creo que aún lo estoy..., o al menos lo estaba en la mañana —susurré, y mientras decía aquella frase, en mi cabeza se repetía, pero como un interrogante ¿lo estaba, en la mañana?—. Uno no se desenamora de alguien y se enamora del hermano en un segundo, ¿o sí? ¿O tal vez siempre estuve enamorada de Carlos sin darme cuenta? ¿Es posible algo así? —seguía preguntando.

— ¡Nunca hubiese imaginado que dirías lo que acabas de decir! — Declamó Sophie—. ¡Yo estaba segura de que te gustaba el hermano mayor! Es que ustedes nunca se separaban y Carlos te cuidaba más que a su propio hermano, pese a la diferencia de edad claro...

— ¡Claro que no nos separamos nunca! Nos criamos juntos, ¿no? — refunfuñé.

—Que se hayan criado juntos no significa nada, Margareth — retrucó, poniendo los ojos en blanco, en un claro gesto de “estoy perdiendo la paciencia”; entonces subió la apuesta—. ¿Has estado algún día sin encontrarte con Carlos?

—Si lo pienso bien, creo que los únicos días en los que no nos vimos, fue cuando tuve que viajar al Hatillo con mis padres y los fines de semana que Carlos, Jared y sus padres visitaban a sus abuelos.

— ¿Y qué sentiste esos días sin él? —quiso saber Diana.

—Que eran los peores de mi vida —confesé, sin atreverme a mirarlas a los ojos—. Fueron los días más aburridos y vacíos... No dejaba de pensar en Carlos ni un instante, lo extrañaba... lo necesitaba junto a mí.

— ¿Y él?

—No puedo saber qué sentía él, Diana. Sólo puedo decirte que durante aquellos días nos hablábamos por teléfono cada tarde y él me decía que también me extrañaba.

— ¡Qué romántico!

— ¿Todas las frases las van a decir a dúo? —las reprendí—. ¡Así no me ayudan! ¿Qué voy a hacer? —me tapé el rostro con las manos. No tenía nada claro.

— ¿Te das cuenta, Margareth? Dime —en los ojos de Sophie brillaba la satisfacción, cómo si hubiese logrado deducir un acertijo complicado—. ¿Por qué hablabas cada día con Carlos?

— ¡Porque lo extrañaba terriblemente! —repetí y no necesitaba pensar esa respuesta porque cada día lejos de Carlos me había parecido incompleto, opaco y sin color.

— ¿Sientes esa necesidad de comunicarte siempre con Jared?

—No —respondí con sinceridad—. ¡Nunca he sentido por Jared la falta que he experimentado al estar lejos de Carlos! Sé que Jared siempre estará ahí sin embargo, somos mejores amigos... — confesé y en realidad, yo misma acababa de comprenderlo.

Sophie sonrió conforme ante mis palabras.

—Escucha, ya hemos estado mucho tiempo aquí —me dijo mi amiga Sophie con ternura—. Salgamos a la fiesta, Margareth, y olvídate de Jared... ¡El me gusta un buen! — eso me tomó por sorpresa, pero no me dieron celos y supe que Carlos era mi destino esa noche— ¡Que dicho sea de paso, estoy segura de que no te va a costar nada hacerlo! —Me sonrió y me acomodó uno de mis rizos detrás de la oreja, que al instante ya se había salido otra vez—. No pienses en nada ni en nadie, sólo deja que las cosas sigan su curso y escucha tu corazón... verás que tiene algo importante que decirte. Yo ya sé

cuál es la respuesta — agregó—, pero ahora debes averiguarla tú misma, ¿de acuerdo?

Yo asentí con la cabeza y mis amigas del alma me envolvieron en un abrazo reconfortante, recién entonces volvimos a la fiesta. Tal vez tengan razón, recuerdo que pensé aquella vez.

Cuando llegamos al salón, el lugar estaba diferente. Las luces eran más tenues, se levantaba una nube de humo del suelo y sonaban los temas lentos; las baladas. El romance flotaba en el aire y varias parejas ya ocupaban el centro del salón.

En pocos instantes, Jeremy sacó a bailar a Diana, que se fue guiñándome un ojo celeste. Sophie y yo sólo tuvimos tiempo de dedicarnos una sonrisa cómplice antes de que mi canción favorita, Thank you for loving me, de Bon Jovi, comenzara a sonar.

Estaba por alejarme en busca de una silla, fue entonces cuando lo pude ver entre la gente, caminando hacia mí y con la sonrisa más dulce que yo jamás había visto, y que le iluminaba hasta la mirada... ¡Y por fin lo supe! ¡No necesité nada más para confirmar, que a quien yo amaba, era a Carlos!

A ambos lados de la boca se le formaban unos hoyuelos que le conferían un aire totalmente seductor y hacía rato que había descartado la chaqueta... ¡Dios! ¿En qué momento se ha vuelto tan apuesto?, pensé.

Jared sacó a bailar a Sophie, entonces, el mundo se esfumó.

Sólo estábamos él, la música y yo.

La letra de la canción y sus acordes melodiosos se colaban en mi alma.

Carlos me tomó de la mano y se acercó para hablarme en el oído, su aliento tibio me quemó la piel, y me provocó un estremecimiento inesperado.

— ¿Quieres bailar, preciosa? —me susurró con la voz ronca y yo me olvidé de cómo tenía que hacer para respirar... Exhalé, despacio, el aire que estaba conteniendo y sólo pude decirle que sí, asintiendo con la cabeza.

Nos dirigimos a la pista.

Su mano estaba posada en la mía y mi corazón parecía a punto de estallar.

Había demorado en reconocerlo, pero ahora que ya no me quedaban más dudas, todas las sensaciones y los sentimientos parecían aflorar de golpe a la

superficie.

Giré hacia él, elevé mis brazos sobre sus hombros y lo abracé. Podía sentir entre mis dedos la suavidad del cabello que sobrepasaba el cuello de su camisa. Carlos me rodeó la cintura atrayéndome hacia él y creí morir. Yo sólo le llegaba hasta la barbilla y podía sentir en su cuello su pulso y un perfume embriagador.

Me preguntaba si él también estaría sintiendo lo mismo que yo en ese momento. Me sentía flotar, me parecía irreal. Sentí su mano moverse y acariciarme la espalda, quemándome a través de la delgada tela del vestido. Carlos inclinó un poco la cabeza y me besó en el cuello. Al sentir sus labios, un cosquilleo me erizó la piel.

Yo no podía ni pensar, ni respirar con normalidad. La emoción y todas esas sensaciones que sentí hace una semana atrás con él volvían a recorrer mi cuerpo y le habían ganado la batalla a la razón.

Carlos me apretó más a él. Con un brazo continuaba rodeando mi cintura, mientras su otra mano ascendía hasta mi cabeza. Dejó de cantar y con sus labios recorrió mi mejilla, trazando un cálido sendero hasta llegar a mi boca. Ahora, su mano fuerte, estaba a un lado de mi rostro y con el otro brazo seguía pegándome más a él.

Yo no dejaba de acariciarle la nuca y de enredar mis dedos en su cabello. Mi canción favorita seguía sonando y esa noche, me parecía más hermosa que nunca...

Carlos me miró a los ojos cuando sus labios se unieron a los míos de nuevo, pero esta vez con el corazón, con amor, con todos los sentimientos a flor de piel, después, los dos cerramos los ojos y nos dejamos llevar por un vendaval de sensaciones nuevas.

Capturó mi boca con la suya, me recorrió los labios con su lengua y me besó cómo nunca antes me había besado nadie. Por momentos con pasión, en otros con ternura. Su lengua jugueteaba con la mía y me exploraba en profundidad. Él sabía un poco a cerveza y a alguna bebida frutada y ese sabor combinado con la calidez de sus labios me estaba enloqueciendo.

Yo no quería que ese momento terminara jamás y sabía que quedaría atesorado en lo más profundo de mi alma para toda la eternidad... No sé cuántos temas más bailamos, ni qué pasaba a nuestro alrededor. Por

momentos nos parecía oír alguna risita o carraspeo a nuestro lado, pero nada de eso nos importó ni nos distrajo... Sólo existíamos los dos.

— ¡Me vuelves loco, Margareth! Toda mi vida, desde que naciste, te he querido. Me dejé llevar hace una semana por mis deseos por ti, por tu cuerpo, pero realmente siempre te he visto como mi amor imposible —me confesó y su voz se perdía entre los besos a los que ninguno de los dos quería ponerles fin.

Anunciaron que habría un brindis en honor a la homenajead... ¿Quién era? ¡Ah, sí! Patricia. Habíamos perdido la noción del tiempo y del lugar.

Tomados de la mano, entrelazando nuestros dedos, nos acercamos a los demás.

Las gemelas pasaron a mi lado y me codearon en gesto cómplice.

—Mañana hablamos —me dijeron al oído y se acercaron a Patricia.

Diana caminaba tomada de la mano de Jeremy y Sophie conversaba muy gustosamente con Jared, se veía que lo quería, me alegraba por mi mejor amigo, se lo merecía. Esa noche había sido especial para otros también.

Levanté los ojos y me encontré con los de Carlos, me sonrió y me depositó un suave beso en los labios. Le devolví la sonrisa, me puse en puntitas de pie y también lo besé; porque de repente, me urgía la necesidad de estar todo el tiempo besándolo.

Nos quedamos sujetos, uno del otro, hasta la hora de volver a casa... ¡No lograrían apartarnos ni aunque el mundo se estuviese derrumbando a nuestro alrededor!

* * * *

Jared se fue con las gemelas a la casa de Jeremy, ya que sus padres se habían ido de viaje y tenía la casa sola.

Carlos me invitó a su casa y acepte, si íbamos a la mía seguramente mi padre se levantaría y él tendría que esperar para poder escalar hasta mi balcón

y la verdad no queríamos tentar más a la suerte, mi padre lo volvería polvo si se enterase que nosotros nos hemos estado viendo en mi cuarto y que ahora sentimos algo más...

Estaciono el coche una cuadra antes, quizás mis padres estarían pendientes de cualquier movimiento y si veían que Carlos se estacionaba en el porche de su casa saldrían en mi búsqueda.

—Entremos por el jardín trasero, así tus padres no sospechan nada si ven que la luz de la sala sigue apagada. —lo seguí y entramos por la cocina. Subimos las escaleras a su cuarto y dejó las luces apagadas.

—Aún no me creo nada de lo que está pasando... —solté y él sonrió de la misma manera cuando se adueñó de mi virginidad.

—Ni yo, sinceramente —. Su mirada se posó en mi boca y decidí besarlo yo.

Sus labios se amoldaron a los míos.

Se inclinó hacia adelante y pegó su cuerpo contra el mío, hasta que quedé atrapada entre su cuerpo y la pared, con sus brazos a ambos lados. Levanté las manos y empecé a palpar su estómago. Toqué sus abdominales. Cuando llegué a su cuello, continué ascendiendo unos cuantos centímetros más y dejé que mis dedos se deleitaran en la sedosidad de su cabello.

Ladeó mi cabeza para poder besarme con más profundidad y entonces sus manos entraron en acción. Carlos me acariciaba como si estuviera pintando sobre un lienzo, con suaves pinceladas aquí y otras más intensas allá. Pero todas tenían el propósito de seducirme. Quería sentir sus manos por todo mi cuerpo, sin la ropa de por medio.

Quería ponerme de puntillas para llegar más alto y pegar más mi cuerpo al suyo pero no podía moverme estando totalmente pegada a la pared.

Frustrada, me aparté de golpe y sus labios se separaron de los míos con un sonido audible.

— ¿Qué pasa? —preguntó, y pude sentir su respiración agitada contra mi rostro.

Sus ojos estaban cargados de preocupación, sin embargo lo tomé por las mejillas y acaricié su húmedo labio con el pulgar.

— ¿Vamos a la cama? —dije también sin aliento tras nuestro apasionado beso.

Sonrió ampliamente, me plantó las manos en el culo y me levantó. Sin perder un minuto, rodeé su esbelta cintura con las piernas.

—Será un placer.

Cuando llegamos a la cama, me sostuvo con fuerza, apoyó una rodilla sobre el colchón y se inclinó hacia abajo sin soltarme ni por un segundo. Sólo de imaginarme su fuerza y su potencia sobre mí sentí que me invadía una espiral de deseo, tan sobreprotector siempre... Una vez tendida sobre la cama, deslicé las manos bajo su camisa para tocar su piel. Tiré de ella con torpeza, y él se incorporó, se la quitó por la cabeza y la lanzó por alguna parte.

Después se desabrochó los pocos botones que tenían sus pantalones y se los dejó abiertos, revelando su piel desnuda, una suave mata de vello púbico cobrizo y una parte de su intimidad tiesa.

Carlos no llevaba calzoncillos. Fascinante.

— ¿Vas en plan comando? —dije sonriendo de oreja a oreja.

Me vio con cara de confusión.

— ¿Qué?

Puse las manos en su cintura y él se inclinó hacia arriba para que pudiese deslizarlas por detrás de sus pantalones y agarrarlo del culo. Cuando lo hice, gruñó de excitación y flexionó las caderas.

—Que no llevas ropa interior.

Carlos sacó la lengua y se humedeció el labio inferior.

Me quedé mirando ese labio como si en él estuviesen todas las respuestas del universo.

—Sí. Es incómodo e innecesario. Me impide llegar a lo que quiero más rápido. A ti, por ejemplo.

Entonces se puso a horcajadas encima de mí y recorrió mi cuello con los labios. Era muy agradable. Más que agradable. Me agarró los dos pechos por encima del vestido. Después se incorporó, sentado sobre sus piernas, y bajo el

cierre delicadamente hasta que el vestido descendió. Me desabrochó y me sacó el sujetador en un abrir y cerrar de ojos. Era obvio que tenía experiencia, era diez años mayor que yo.

Recorrió mi torso desnudo con los dedos trazando delicados patrones.

Cerré los ojos y dejé que siguiera tocándome así. Nunca me habían tocado de esa manera, casi con reverencia, como si fuese especial y mi cuerpo fuese algo tremendamente valioso.

Se inclinó hacia adelante y me besó por encima del corazón.

Agarró mis pechos y besó mis carnosos pezones. Inspiré hondo y contuve el aliento. Continuó, y procedió a lamirme en círculos ambas puntas, provocándome un inevitable gemido. Pegó su boca a mi pecho y chupó con fuerza hasta que la aureola se erizó y los pezones se me pusieron duros como piedras. Yo no me quedé quieta. Arañé su espalda arriba y abajo y enrosqué los dedos en su pelo.

Con facilidad, se terminó de deshacer del vestido y las bragas de manera simultánea. Se colocó entre mis piernas y me levantó una pierna en el aire. Me besó el empeine y ascendió por mi tobillo hasta la parte de atrás de mi rodilla, donde lamió y me dio pequeños besos.

Posó las manos sobre mis rodillas y me las separó.

—Quiero saborear tu belleza con la lengua. —Enarcó las cejas casi como si estuviera pidiéndome permiso. Aguardó un largo momento sin apartar la mirada de la mía. De hecho, me estaba pidiendo permiso. Carlos seguía siendo caballeroso.

Me lamí los labios y bajé la barbilla. Sus ojos se tornaron oscuros, cargados de intención. Como un jaguar, sus hombros se colocaron en posición y, justo cuando bajé la vista para contemplar su bonito cuerpo entre mis piernas, atacó a la velocidad del rayo. Pegó la boca a mi sexo y hundió la lengua en él.

— ¡Carlos! —exclamé con placer, y me aferré a su cabeza. No realizaba movimientos lentos tal y como había esperado.

La mayoría de los hombres empezaban despacio, tímidamente. No es que yo tenga mucha experiencia en esto pero no me lo esperaba. Carlos devoraba mi sexo como si no fuese a tener otra oportunidad de hacerlo. En mi interior,

sentía su lengua moviéndose de manera deliciosa contra cada milímetro que alcanzaba.

Pequeños calambres eléctricos se extendían desde mi sexo hasta el resto de mi cuerpo. El vello de su barba rozaba los labios y mi vulva por los lados. Los sonidos que emitía eran salvajes; gruñía. Carlos añadió los dedos a la mezcla.

Restregó el pulgar en mi clítoris mientras su lengua sondeaba mi calor. Dejé caer las manos sobre la cama y me agarré a las sábanas con los puños mientras en la parte inferior de mi columna sentía el inicio de un orgasmo que se extendía por todo mi cuerpo.

Ni siquiera me había recuperado del todo cuando hundió su gruesa erección en mí. Gruñó de placer contra mi cabello, y yo envolví su cuerpo con mis extremidades para mantenerlo cerca al tiempo que disfrutaba de la calidez de su piel mientras me la metía y me la sacaba. Abrí la boca y dejé que me penetrara de todas las maneras posibles; me uní a él del modo en que me había apetecido hacerlo desde el momento en que era una niña y deseaba besarlo.

Tenía su verga larga y dura dentro de mí. No quería que parara jamás, pero deseaba que él llegara donde había llegado yo, que sintiera lo que él me había hecho sentir. De modo que, haciendo uso de todas mis fuerzas, conseguí que rodáramos y me coloqué encima de él.

Entonces lo monté con ganas. Inmediatamente, me agarró de las caderas y me ayudó a cabalgar sobre su enorme erección. Carlos me clavó los dedos en las caderas para indicarme su necesidad de que lo cabalgara con más fuerza.

Me incorporé mejor, me retiré el cabello hacia atrás y lo monté... intensamente. Cada vez que descendía me restregaba contra su pelvis, sintiendo así chispas de excitación en mi sexo, en los músculos internos, que usaba para exprimirlo con todas mis fuerzas.

Se incorporó y se dio impulso con los pies hasta que llegó a la cabecera de la cama. Luego me inclinó hacia atrás y, agarrándome de las caderas, se masturbó con mi cuerpo.

Comencé a tensarme, y él se dio cuenta. Acercó su boca y me chupó los pezones con fuerza, haciendo que se pusieran oscuros, hasta que ya no pudo más. Por fin, golpeó la cabecera con la coronilla y yo me agarré a la parte

superior de ésta para ayudarme. Y en ese momento ambos estallamos y nos catapultamos a un mar de dulce inconsciencia.

Los únicos sonidos que se oían eran los de nuestra respiración entrecortada, mi sexo encerraba su miembro de un modo que jamás había creído posible. Carlos me sostenía cerca de su cuerpo, todavía presionando con las caderas desde debajo de mí, deleitándose en las últimas sacudidas de placer.

Permanecemos así, yo aferrada a su intimidad y sentada sobre su regazo, con las manos todavía en la cabecera. Él me acariciaba la espalda, los brazos y los muslos arriba y abajo, como si necesitara tocarme para creer que de verdad estaba allí.

Lo entendía perfectamente. Cuando te dejas llevar de esa manera y el placer es tan extremo, necesitas algo repetitivo que te devuelva a la realidad. Y yo... yo aún no creía que había estado con mi hombre perfecto, el que quería desde la infancia... Con el amor de mi vida... Con lo más prohibido.

* * * *

Me desperté en medio de un orgasmo. Tenía las piernas alrededor de la cabeza de Carlos, que me estaba llevando al éxtasis con la lengua. Sin mediar palabra, ni siquiera un “buenos días”, se puso un condón. Ya había perdido la cuenta de los que habíamos usado durante la noche.

Luego se abrió camino lentamente a través de los tejidos hinchados de mi sexo sobre utilizado. A pesar de todo, seguía siendo delicioso. Mi pobre vagina se tensó y latió como si acabara de luchar un combate cuerpo a cuerpo y hubiera ganado. Esta vez, Carlos me hizo el amor lentamente, con mucho amor.

* * * *

Mi padre me había preguntado cómo había estado la fiesta y seguido de ello me pregunto por Carlos, necesitaba que arreglara las llantas del coche.

Si tan solo supiera todo lo que me había hecho la noche anterior su querido vecino y mecánico...

— ¿Margareth? — Me llamó mi papá — Te he preguntado si sabes si Carlos sigue en su casa o se ha ido de viaje ya a casa de sus abuelos. — Seguía un poco abrumada por la noche anterior, aun no podía creer lo que había pasado.

— Sí, padre. Discúlpame, creo que estoy cansada por la fiesta. Me dijo que se irían hoy en la tarde, los padres no quieren que les agarre tráfico.

— Lo llamaré entonces...

Subí las escaleras corriendo, me ponía nerviosa tenerlo cerca y que mi papá se diese cuenta de lo que estaba pasando.

Esa tarde no baje de mi habitación. Escuche como Jared le gritaba a alguien que se esperara y me asomé por mi balcón a ver que sucedía y ahí estaba él... Carlos.

Estaba recostado del coche mientras sus padres se aseguraban de cerrar bien las cerraduras y Jared buscaba algo en el patio trasero de su casa. Volteó y al verme sonrió, le devolví la sonrisa y llegó Jared a su encuentro.

* * * *

Ya habían pasado casi tres semanas de que la familia Aguilar se había ido de viaje. No había sabido nada de los chicos. Y para ser sincera, me estaba aburriendo muchísimo. Las vacaciones sin mi mejor amigo era aburridas y Carlos siempre nos llevaba a cualquier lugar...

Esa tarde me llegó un mensaje de texto.

De: Carlos Aguilar

Para: Margareth Gareth

¿Me has echado de menos? Yo a ti sí, muchísimo, para serte sincero.

Llegamos hoy en la noche, deja las puertas abiertas de tu balcón. Necesito verte. Te deseo.

Inmediatamente me subió la temperatura y el deseo se arremolinó en mis venas mientras la excitación al saber que iba a ver a Carlos me salía por todos los poros, poniéndome la carne de gallina y acariciándome con su esencia.

No podía dormir, esperaba con ansias su llegada. Baje por un vaso de agua y cuando subí estaba recostado de la columna justo al lado de mi balcón.

Sin darme la oportunidad de decir siquiera “hola”, me agarró por la cintura y me abrazó, levantándome del suelo. Un instante más tarde nos besamos mientras le rodeaba la cintura con las piernas. Él se volvió, cerró la puerta y me empotró contra ella, profundizando en el beso.

La parte más dura de su cuerpo se frotó contra la parte del mío que más la deseaba. Gemí, abriendo más la boca. Él aprovechó la invitación para entrar y acariciar mi lengua con la suya. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos los besos de Carlos. Cuando besaba, lo hacía con total entrega. En sus besos había pasión, deseo, elegancia. Había tanta elegancia y tanta belleza que me costaba respirar.

Carlos rompió el beso y apoyó la frente en la mía.

—Mi amor, echaba de menos tu amor —susurró con los labios pegados a los míos.

Sus ojos brillaban a la luz de la habitación. Le mordisqueé los labios y le acaricié el cuello con la nariz.

—Yo también te he echado de menos, Carlos. No sabía cuánto hasta que te he visto delante de mí.

Me sujetó el cuello con ambas manos, hundiendo los dedos en mi pelo y acariciándome la barbilla y los labios con los pulgares. Parecía estar estudiando mis rasgos del modo en que sólo él podía hacerlo, fijando totalmente la atención en los pequeños detalles.

— ¿Tienes hambre? ¿Te apetece algo? Mi madre ha hecho macarrones con queso y ha dejado en la nevera.

Carlos apretó su erección firmemente contra mí. Espirales de excitación nacieron en mi vientre y se extendieron por brazos y piernas. Apreté los

muslos, acercándolo más a mí. Sus ojos brillaron con una intensidad que había echado de menos, ya que reflejaban la necesidad de un hombre que desea con desesperación a su mujer.

—Sí, tengo hambre. Quiero probar tu dulce sexo, nena.

Por fin. Ya echaba de menos a mi obsceno pero sobreprotector vecino. Sin decir nada más, me llevó a la cama.

Apoyó una rodilla en la cama y me depositó sobre ella como si fuera un valioso trofeo.

—Desnúdate —me ordenó—. Quiero ver cómo dejas tu luz al descubierto.

Su modo de hablar y el fuego de su mirada me hicieron arder de lujuria. Sin ninguna delicadeza, me puse de rodillas en la cama y me quité el diminuto vestido por encima de la cabeza. No llevaba nada debajo. Sabía que no le gustaban las barreras entre nosotros.

—Estás más bella que hace tres semanas —dijo Carlos, y las palabras se deslizaron sobre mi piel como una caricia delicada como una pluma e igualmente estimulante. Negué con la cabeza.

—Sólo a tus ojos.

Él me acarició la mejilla.

—No, eres tú la que no te ves cómo te vemos el resto del mundo.

Me eché a reír.

—Tú no eres el resto del mundo, Carlos.

Carlos me tocó los labios con el pulgar y yo aproveché para succionárselo y acariciarlo con la lengua. Su mirada ambarina se oscureció.

—Oh, nena, no has olvidado nada de lo que hemos aprendido juntos— susurró mientras se quitaba la camiseta y dejaba a la vista esos pectorales cuadrados en los que me gustaba hundir los dientes, así como esa tableta de chocolate que me moría de ganas de acariciar.

—Tampoco he olvidado lo mucho que me gusta tu cuerpo —repliqué, cerrando los puños, mientras mi respiración se aceleraba y sentía los pechos cada vez más pesados y sensibles.

Carlos alzó las dos manos y los sopesó, apretándolos y moldeándolos

como si quisiera volver a familiarizarse con mi cuerpo. Gemí cuando me pasó los pulgares por los turgentes pezones. Inhaló profundamente, con la nariz pegada a mi cuello, como si quisiera absorber mi aroma. Cerré los ojos, gemí y eché la cabeza hacia atrás, ofreciéndome a él. Sentí cómo las puntas de mi melena me acariciaban las nalgas.

—Me encanta cómo me tocas.

Noté humedad en el pecho derecho, seguida de sus dientes mordisqueándome la piel. Una punzada de deseo nació del lugar donde él me succionaba, me atravesó el torso de arriba abajo y se me instaló entre los muslos. El clítoris me latía de manera dolorosa, listo para cuando él me tocara allí. Y estaba segura de que lo haría.

Sabía que adoraba sentir el sabor de mi sexo en su lengua. Carlos se dio un banquete con mis pechos, succionándolos, tironeándolos, masajeándolos y mordisqueando las puntas hasta que estuvieron como fresas rojas, maduras. Hice girar las caderas en el aire mientras buscaba algo, cualquier cosa que me ayudara a aliviarme el dolor.

—Carlos... —suplicué, y él sonrió sin despegar la boca del pezón y lo succionó por última vez antes de separarse.

Cuando abrí los ojos, supe lo que él acababa de ver: una mujer lista para ser cogida. Sólo que Carlos ya no me cogía; él me hacía el amor, y nunca dejaba que me olvidara de eso. Se llevó las manos a la cintura, se desabrochó los jeans y se los bajó, dejando al descubierto sus muslos bien torneados. Cuando su gruesa erección saltó liberándose, vi que la punta estaba húmeda. Me incliné hacia adelante y lamí la gota de humedad, gruñendo al recordar el sabor familiar.

—Sí, mi amor—me dijo—, ocúpate de mí primero para que luego pueda ocuparme yo de ti con calma.

Estaba a cuatro patas sobre la cama cuando él me sujetó del pelo y echó las caderas hacia adelante, metiéndomela en la boca. Yo lo acepté y me la introdujo hasta la garganta, tal como le gustaba.

—Que rico... —dijo.

Y no exageraba. Era deliciosamente rico. Me gustaba todo: su sabor, su olor. Todo me recordaba los buenos ratos que habíamos pasado juntos; me

hacía pensar en sexo de calidad, risas, amor y amistad. Todas las cosas que necesitaba en mi vida en ese momento.

Con Carlos ya no me sentía sola, ni aburrida. Redoblé mis esfuerzos, succionando profundamente y adorando la punta, chupando cada gota de líquido pre seminal como si fuera un gatito que diera pequeños lametones a un plato de leche.

Él me observó mientras yo me lo metía en la boca una y otra vez. Cuando miré hacia arriba buscando sus ojos, vi que tenía las ventanas de la nariz muy abiertas y los ojos entornados. Su boca formaba una línea recta, pero fue torciéndose a medida que se acercaba al orgasmo. Acepté todo lo que él me daba, disfrutando de cada segundo.

Luego, como siempre, sin avisar, se clavó en mi boca y la llenó hasta los bordes con su esencia. Su semen se deslizó garganta abajo en cálidas ráfagas. Me las tragué respetuosamente, succionándolo hasta no dejar ni una gota en su interior. A continuación, me agarró con fuerza por el pelo y me apartó de él.

—Oh, mi chica, ahora voy a demostrarte cómo amarte a ti misma y amar a los demás. Voy a hacerte el amor toda la noche. Esto, mi preciosa Margareth, ha sido un comienzo perfecto.

* * * *

Al día siguiente Jared me llamó, me citó en el parque de la esquina.

— ¡Margareth! —Apenas estuve a alcance de su vista corrió hacia mí y me cargo — cuanto te he extrañado, las cosas con Sophie no funcionaron y todo ha sido distinto... —bajó el mentón y me dio ternura.

—No te preocupes Jared, yo sé que seguimos siendo los mismos de antes, ¿quieres ir a por unas pizzas?, me muero de hambre — asintió y lo abracé por un costado mientras caminábamos hacia el rayado para cruzar la calle.

Nos sentamos en nuestra mesa favorita desde pequeños en aquel pequeño local.

—Tengo algo que decirte, Margareth. —Se le notaba en la mirada que

estaba triste.

— ¿Qué pasa? —Respondí preocupada

—Me iré de Venezuela en un mes, la universidad me ha ofrecido una beca en España debido a mis notas impecables. Lo que más me duele es dejarte... Eres la única que siempre ha estado para mí, pero no puedo desaprovechar la oportunidad... —Esa mirada que tenía me partía el corazón en mil pedazos, nunca pensé que nos separaríamos.

Le agarré la mano por encima de la mesa.

—Yo también te echaré de menos. Más de lo que quiero admitir.

—Lo sé... —dijo él.

—Pero seguiremos en contacto, por teléfono, mensajes, emails... Me contarás todas las novedades de ti, la nueva universidad, tu futuro trabajo... y yo..., bueno, yo no sé qué te enviaré. Probablemente selfies haciendo el idiota en cualquier parte.

Jared inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas con tantas ganas que se me llenó el corazón de felicidad al oírlo. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

— ¿Seguiremos siendo amigos? —me preguntó.

—Los mejores amigos, para y por siempre.

—¡Voy a buscar la pizza! Basta de momentos tristes, te tengo que aprovechar.

Al levantarse, la silla se inclinó hacia atrás con el impulso y cayó al suelo. Por desgracia, una camarera pasaba por allí en ese momento cargada con una bandeja llena de copas de helado. Chocó contra la silla y la bandeja salió volando por los aires, con ella siguiéndola de cerca.

Jared trató de detener su caída y acabó cayendo con ella. La chica quedó montada sobre él. Lo único que veía desde mi sitio era la silla rota, la alta rubia y las manos de Jared sosteniéndola por su estrecha cintura. Cuando ella se puso de rodillas, la falda se le subió un poco más.

Jared la sujetó por los muslos para estabilizarla.

Yo estuve a punto de ir a ayudarla, pero me detuve al verle la cara. Ella se

había dado la vuelta hacia mí y Jared permanecía tumbado en el suelo, mirándola. La camarera se pasó una mano por el pelo y en ese momento me di cuenta de que tenía unos asombrosos ojos verdes. Llevaba los labios húmedos por haberse pasado la lengua por ellos.

Además me fijé en que tenía un poco de sangre en ellos. Jared, que se había sentado, también se fijó y le apoyó un dedo en el labio para detener la hemorragia. Durante unos instantes eternos, él la miró a los ojos. La chica estaba totalmente inmóvil.

No movía ni un músculo; estaba por completo centrada en él. La habitación podría haber estallado y ninguno de los dos se habría enterado. Estaban como en trance. Me di cuenta cuando Jared le sujetó la cara entre las manos y le preguntó:

— ¿Estás bien?

Me llevé las manos al pecho y observé en silencio, como si estuviera viendo una romántica obra de teatro.

—Eh..., ¿disculpa? —dijo ella avergonzada.

Jared le dio un golpecito en el labio inferior con el pulgar.

—Estás sangrando. —Ella sacó la lengua para limpiarse el labio y acabó lamiendo el pulgar de Jared. Ambos contuvieron el aliento a la vez. Vi que sus ojos se encendían. La chica tenía la vista clavada en ellos. Apretó los dedos con los que se sujetaba a los hombros de Jared en un acto reflejo. Eso era mejor que ver una película, porque era en vivo y en directo. En ese instante, deseé tener cotufas.

Al fin, ella sacudió la cabeza y trató de levantarse. Jared la imitó, incorporándose pero sin soltarla. La tenía tan pegada a él que, cuando estuvo totalmente incorporado, la rubia se deslizó por su cuerpo hasta que los pies tocaron el suelo. Tras unos segundos en los que se estuvieron agarrando el uno al otro, ella se apartó y agachó la mirada.

— ¡Mierda! —exclamó mirando el desastre a su alrededor—. Debería haber mirado por dónde iba. Me van a despedir. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y le tembló el labio inferior.

Yo me levanté y entré en acción.

—Oh, muchas gracias, señorita. Sentimos mucho lo que ha pasado. Pagaremos las bebidas, por supuesto. —El dueño del local llegó en ese momento a nuestro lado, sin poder disimular su enfado. —Señor, me alegro de que haya venido. Esta mujer acaba de evitar que a mi amigo le cayera una bandeja llena de copas por encima. Este muchacho puede ser muy torpe a veces, ¿verdad, Jared? Ha saltado y ha tirado la silla al mismo tiempo que la señorita... —Soné los dedos en dirección a la camarera para que me dijera su nombre.

—Amy.

—... que la señorita Amy pasaba por detrás. Alguien podría haberse hecho daño si no hubiera sido tan rápida de reflejos. No sólo ha salvado a mi amigo; también se ha asegurado de que ningún otro cliente sufriera daños. Recomendaremos este establecimiento a todos nuestros amigos.

—Ah, sí, claro, sólo contratamos al mejor personal. Amy, buen trabajo. Ahora envío a un mozo a limpiar esto mientras tú te ocupas de las mesas.

Ella me alargó la mano.

—Gracias —me dijo con la mirada. Pero era la verdad: la culpa había sido de Jared.

—Nada que agradecer. Por cierto, soy Margareth, y este muchachón, que está del todo soltero, es Jared Aguilar.

— ¿No son pareja? —preguntó ella, y luego se tapó la boca con la mano, como si se le hubiera escapado.

Yo sonreí y me volví hacia Jared, pero él no me devolvió la mirada porque seguía con los ojos clavados en Amy.

—No, somos mejores amigos. Estoy segura de que le encantaría tener una nueva amiga. ¿Llevas mucho tiempo en San Antonio?

Ella negó con la cabeza.

—Acabo de llegar. Me he mudado con mi padre. Sólo somos él y yo; no quería que viviera solo, y aquí estoy. No conozco a nadie. —Se agachó a recoger la bandeja y algunos trozos de cristal hasta que vino uno muchacho de limpieza y la sustituyó.

—Perfecto, pues ahora ya se conocen. ¿Llevas el teléfono encima?

Ella entornó los ojos, se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó un iPhone. Yo lo agarre rápidamente, le añadí a Jared como nuevo contacto y le envié un mensaje. El móvil de Jared vibró.

—Ahora Jared tiene tu número. Te llamará mañana.

Él abrió la boca para decir algo, pero yo le dirigí la mirada, esa que hace que cualquier hombre que esté del otro lado tiemble, y sabiamente guardó silencio.

Amy me miró y luego se volvió hacia él de nuevo.

— ¿Te gusta el skateboarding? —le pregunté, sabiendo que se nos acababa el tiempo.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca lo he probado.

Sonreí y la abracé por la cintura.

— ¡Jared, eso no puede ser! Amy nunca se ha montado en un skate. Jared te podría enseñar, a él siempre le ha encantado.

— ¿En serio? Suena divertido. —Amy se sacudió la falda y se enderezó el delantal. Jared no la perdió de vista ni por un segundo—. Tengo que irme. Me encantará que seamos amigos. Y disculpa otra vez por chocar contigo.

Él se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se balanceó sobre los talones, haciéndose el duro.

—Puedes compensármelo saliendo conmigo mañana por la noche.

Ella lo miró con los ojos verdes brillantes como joyas.

—Me encantará. Espero tu llamada, Jared. —Y, ruborizándose, se alejó de allí.

Me volteé hacia Jared y le meneé las cejas.

—No cambias, Margareth. —me dio un empujoncito y negó con la cabeza mientras reía.

—Es mi regalo para que puedas tener una aventura antes de irte. —le volví a menear las cejas y me reí con ganas. Cómo lo quería, iba a extrañarlo demasiado...

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— Comedia Erótica y Humor —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca

llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.